LOS HOMBRES de la historia

23

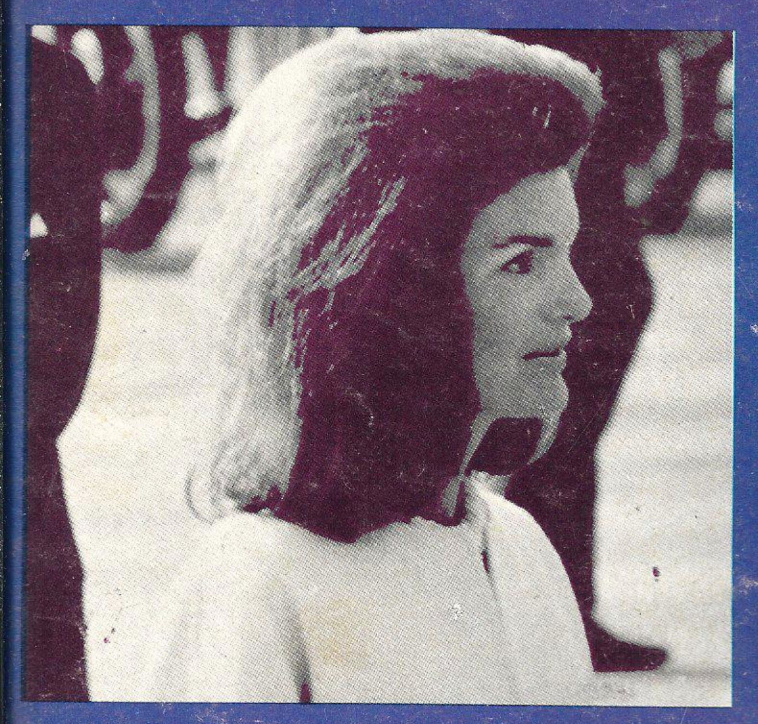
La Historia Universal a través de sus protagonistas

Los Kennedy

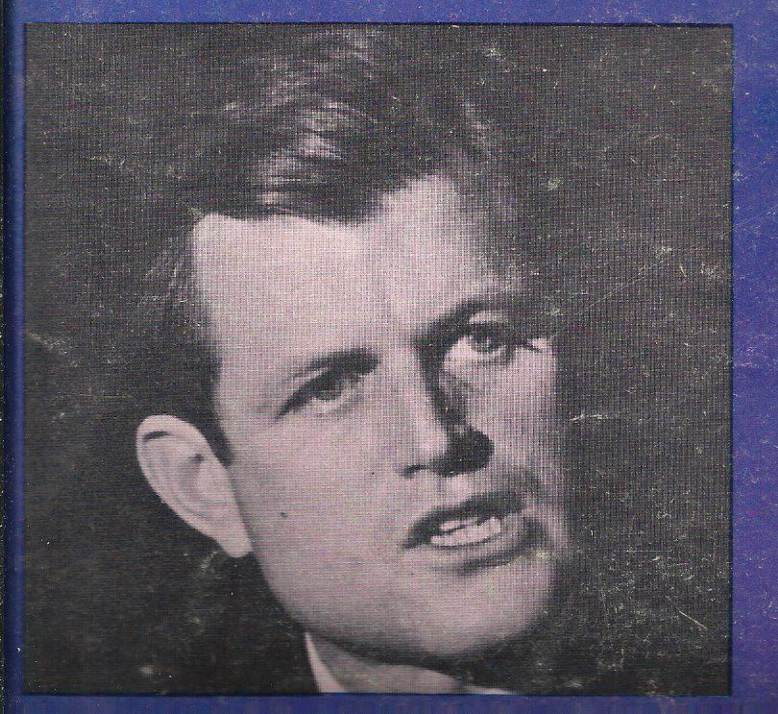
Centro Editor de América Latina



Miguel de Amilibia









LOS HOMBRES de la historia

23

En Hyannis Port, en la orgullosa casa solariega de la familia Kennedy carente aún de la pátina del tiempo, Esquilo, Sófocles y Eurípides han sido y son lectura frecuente. La tragedia griega, tan poderosa, parece a veces tan actual. ¿Es que los Kennedy han incurrido como los descendientes de Atreo en el pecado de **hybris,** en esa arrogante insolencia y ese orgullo inmoderado e irreverente que ponen en acción a Némesis, la diosa de la venganza? No hay más que vagas semejanzas, sin embargo, con el mundo de la tragedia, semejanzas que, en medio del pesar, procuran consoladores halagos y hasta inspiran indómitas actitudes. En primer lugar porque los Kennedy no creen en dioses y semidioses ni se juzgan tales sino que constituyen una piadosa familia católica, fiel a su ascendencia irlandesa y a su poderosa nación. Y, en segundo término, porque el Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XX no es la Grecia legendaria.

Los Kennedy no son héroes griegos. Son héroes norteamericanos y, como tales, campeones de esa democracia que no pone en tela de juicio el derecho de propiedad, campeones de esa poderosa nación que insiste en sus títulos a la hegemonía y de ese estilo de vida que se define simplemente como el **American way of life.**

Primeros títulos

Ilustraciones del fascículo Nº 23

Wide World Photos: p. 3 (1); p. 5 (2).
Keystone: p. 5 (1); p. 8 (1, 2); p. 11 (1, 3, 4); p. 12 (1); p. 16 (2); p. 15 (1, 2); p. 20 (2); p. 23 (1).
Associated Press: p. 8 (4); p. 11 (2); p. 14 (1); p. 15 (2, 3, 4).
David Magnus: p. 11 (5).
AGIP: p. 16 (1); p. 24 (1); p. 25 (1); p. 27 (1).

Centro Editor de América Latina
Salta 38 - Buenos Aires
Sección Ventas: Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

Distribuidores en la República Argentina
Capital: Mateo Cancellaro e hijo.
Echeverría 2469, 5º C, Buenos Aires
Interior: Distrimeco S.R.L.
Azara 225, Buenos Aires.
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos Indugraf S.A.
Mendoza 1523, Lanús Oeste, Bs. As.

Los Kennedy

Miguel de Amilibia

1848

Llega a Estados Unidos, entre otros muchos inmigrantes irlandeses, y se instala en East Boston, distrito bostoniano, Patrick Kennedy, origen de un famoso linaje.

1889

Nace, en East Boston, Joseph P. Kennedy, el "padre fundador" del "clan Kennedy", como nieto del anterior e hijo de otro Patrick Kennedy, dueño de un *saloon* o taberna y afiliado al partido demócrata.

1914-32

Graduado en Harvard, casado con Rose Fitzgerald, hija del alcalde demócrata de Boston, Joseph P. Kennedy se dedica a los negocios fuera de Boston y hace una gran fortuna.

1932-39

Joseph P. Kennedy ayuda en 1932 al triunfo de Franklin Delano Roosevelt. Obtiene varios cargos en el gobierno del *New Deal*. Es nombrado embajador en Londres. Propicia el "apaciguamiento" y renuncia cuando se produce la invasión nazi de Polonia.

1941

Los hijos mayores de Joseph Kennedy, Joseph y John, se alistan en la Armada, después del ataque japonés a Pearl Harbor.

1943

Es hundida por un contratorpedero japonés, frente a las islas Salomón, en el Pacífico, la lancha torpedera "PT-109", al mando de John F. Kennedy, quien, con otros, se salva a nado, aunque con serio quebranto.

1944

Muere en el mar del Norte, al estallar su avión naval en el aire, en acción arriesgadísima, Joseph, el primogénito de los hermanos Kennedy.

1945

La Armada licencia a John F. Kennedy, nacido el 29 de mayo de 1917.

1947

Ayudado por su padre y sus amigos de Harvard y la Armada, John F. Kennedy se lanza a la política, como demócrata. Triunfa en un undécimo distrito de East Boston e ingresa en la Cámara de Representantes a los 29 años de edad.

1952

John F. Kennedy es elegido senador por Massachusetts. Se ha impuesto a Henry Cabot Lodge, prohombre republicano, en un estado que se ha pronunciado por Eisenhower, el victorioso candidato presidencial de los republicanos. El joven político es ya famoso.

1953

El senador Kennedy se casa con Jacqueline Bouvier, hija de un agente de bolsa de Nueva York.

1956

El senador Kennedy aspira a la candidatura vicepresidencial demócrata, como segundo de Adlai E. Stevenson, y es derrotado por el senador Estes Kefauwer. En las elecciones presidenciales, Stevenson es derrotado por Eisenhower, que se ha presentado a la reelección.

1960

Esta vez, el senador Kennedy aspira decididamente a la candidatura presidencial demócrata. Triunfa. En las elecciones presidenciales, se impone por estrecho margen de votos al candidato republicano Richard Nixon.

1961-63

Los "mil días" de la presidencia de John Fitzgerald Kennedy. Un período muy agitado que comienza con la "aventura de la bahía de Cochinos", el intento de invasión a Cuba. Y que termina trágicamente.

1963

El presidente Kennedy es asesinado en Dallas, Texas, el 22 de noviembre. Asume inmediatamente la presidencia del país el vicepresidente Lyndon B. Johnson. La "tragedia de Dallas" conmociona al mundo entero.

1964

Lyndon B. Johnson triunfa en las elecciones presidenciales.

1968

Muy desacreditado a causa de la guerra de Vietnam, Johnson desiste de presentarse a la reelección. Robert F. Kennedy, hermano e inmediato colaborador del presidente asesinado, aspira a la candidatura presidencial demócrata. Triunfa en las elecciones "primarias" de California. Es asesinado cuando festejaba la victoria, el 5 de junio, en el Ambassador Hotel de Los Ángeles.

En otoño, Jacqueline, la viuda del presidente asesinado, se casa en la isla de Skorpios, por el rito ortodoxo griego, con el opulento naviero Aristóteles Onassis. Nueva sacudida en la opinión pública.

1969

Edward M. Kennedy, único sobreviviente de los hermanos Kennedy y ya senador por Massachusetts, se ve envuelto en el "drama de Chappaquiddick", en el que muere la joven Mary Jo Kopechne. El senador habla del "sino trágico" de su familia.

1971

En febrero, los esposos Nixon reciben en la Casa Blanca a Jacqueline y a sus dos hijos, Caroline y John. Se descubren dos retratos: el de la propia Jacqueline y el del presidente asesinado.

1972-75

El escándalo de Watergate, turbio asunto de espionaje, sobornos, falsedades y perjurios, causa en 1974 numerosas víctimas, incluido el propio Nixon, quien abandona la Casa Blanca para eludir el juicio político. Es reemplazado por Gerald Ford, con Nelson Rockefeller como vicepresidente. En 1975, fallece en París el potentado Onassis. Entretanto, asciende de nuevo, lentamente, la estrella de Edward M. Kennedy.

Tragedias

En Hyannis Port (o Hyannisport), en la orgullosa casa solariega carente aún de la pátina del tiempo, Esquilo, Sófocles y Eurípides han sido y son una lectura frecuente. ¡Qué impresionante es la tragedia griega! Y, ¡qué actual parece a veces! "A ti, sofista, de agriada amargura inigualable; a ti, pecador contra los dioses, cuyos privilegios entregas a los seres de un día; a ti, ladrón del fuego, me dirijo..." Y, ¡qué soberbias son las réplicas de Prometeo a las intimaciones de Hermes! "¿Crees acaso que tiemblo ante los nuevos dioses? ¿Crees acaso que, menguado, he de descender hasta ellos?... Ten por cierto que no trocaría mis desdichas por tu servil oficio".

Y, ¡cómo consuelan y estimulan las lamentaciones del coro! "¡Ah, Prometeo, hasta qué extremo tus fieras desdichas me acongojan! A raudales las lágrimas brotan de mis piadosos ojos y bañan mis mejillas. ¿Qué hazañas tan crueles son éstas? Sin más ley que su albedrío, he aquí a Zeus mostrando su soberbio poder a los antiguos dioses. Toda esta región gime en desconsuelo. Y de tus pesares se duelen cuantos pueblan el vecino suelo de la sagrada Asia. Y las vírgenes de la Cólquide, intrépidas en la pelea. Y las hordas escitas, que ciñen el Meoris en los postreros confines de la tierra. Y los mejores de la belicosa Arabia. Y esa gente fiera que, en el Cáucaso, al amparo de escarpados baluartes, ruge de furor entre sus agudas lanzas..."

Pero, ¿se ha incurrido realmente en el pecado de *hybris*, en esa arrogante insolencia y ese orgullo inmoderado e irreverente que ponen en acción a Némesis, la diosa de la venganza? ¿Se ha dado motivo para que pese sobre la familia ilustre una maldición como la que pesó sobre la descendencia de Atreo? ¿No es todavía suficiente la sangre derramada, las víctimas inmoladas por un destino acerbo?

No, no. No hay más que vagas semejanzas, aunque, en medio del pesar, procuren consoladores halagos y hasta inspiren indómitas actitudes. En primer lugar, porque los Kennedy no creen en dioses y semidioses ni se juzgan tales, sino que constituyen una piadosa familia católica, fiel a su ascendencia irlandesa y a su poderosa nación. Y, en segundo término, porque el Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XX no es la Grecia legendaria ni siquiera la Atenas del siglo V antes de nuestra era. Adelante, pues, en alto la bandera, esa misma bandera que aferraron hasta el último momento los caídos. Los Kennedy no son héroes griegos. Son héroes norteamericanos y, como tales, campeones de esa democracia que no pone en tela de juicio el derecho de propiedad, de esa poderosa nación que insiste en sus títulos a la hegemonía y de ese estilo de vida que se define simplemente como el *American way of life*. La misión de los Kennedy no ha terminado.

¿Quién es el osado que se atreve a dudarlo? ¿Ha terminado acaso la de Estados Unidos?

Los norteamericanos

Desde Crévecoeur y Tocqueville hasta el mordaz Ilya Ehremburg y el escandaloso Roger Peyrefitte, los extranjeros han puesto empeño en determinar lo que distingue a los norteamericanos de los demás pueblos. Son indudablemente un pueblo con características muy propias, con rasgos comunes que se imponen a cualesquiera diferencias regionales, un producto único de la fusión de muchas razas y culturas, fundamentalmente europeas. Los observadores los han mirado con mejores o peores ojos, con mayor o menor simpatía, y, consiguientemente, los han retratado de muy diferentes formas. Pero los retratos son muchos y su superposición, al modo de un "identikit" policial, permite advertir muchas significativas coincidencias.

Dejemos que sea un norteamericano, el historiador Arthur M. Schlesinger, muy amigo, por cierto, de los Kennedy, quien nos las exponga. "El retrato compuesto —nos dice en *Paths to the Present*— merece una consideración atenta. Los caracteres que con más frecuencia se destacan son: la convicción de que el trabajo es una obligación universal; el deseo de trasladarse de un lugar a otro; un alto nivel medio de bienestar; fe en el progreso; el permanente afán de ganancias materiales; la inexistencia de barreras de clase permanentes; el desdén por el pensamiento abstracto y los aspectos estéticos; ostentación; deferencia con las mujeres; predominio de los niños malcriados; una inquietud y una prisa vital generalizada, reveladas en la práctica de comer con apresuramiento; y ciertos rasgos diversos, como las casas con calefacción excesiva, el vicio de escupir y la pasión por las mecedoras y el agua bien helada".

Algunos europeos refinados, molestos por la irrupción de tantas manifestaciones del *American way of life* en sus existencias, dirán con sorna que tales características no son las de un "hombre nuevo", como pretende el propio Schlesinger, sino las de un "nuevo rico", con su natural inclinación a la jactancia y la prepotencia y su también natural complejo de inferioridad. Pero esto es a todas luces un juicio superficial, fruto en buena parte del natural despecho del relativamente venido a menos. Porque, si los norteamericanos son como son, con tales o cuales virtudes y tales o cuales defectos, se debe a una conjunción de circunstancias históricas cuya resultante es también perfectamente natural.

De oriundez europea, emigrantes que escapaban a la persecución religiosa, de la miseria o de la opresión de rígidas estructuras sociales, fueron quienes fundaron la nación norteamericana. Iban en pos de la libertad, de las oportunidades que les brindaba un suelo virtualmente virgen cuyas posibilidades parecían ilimitadas. Llegaban dispuestos a desbrozarlo y a transformarlo en su nuevo y fecundo hogar, sin regatear el propio esfuerzo. Llegaban en un principio, como procedentes de países protestantes, imbuidos de un fuerte espíritu puritano y calvinista, con la doctrina de la predestinación bien arraigada en sus mentes y la idea de que la prosperidad en este mundo es la mejor señal de que se figura entre los elegidos para el otro. Quedó así establecida la tónica, aceptada inclusive por los posteriores inmigrantes de países católicos, fueran irlandeses, polacos o italianos.

Es la tónica del capitalismo, del carácter sagrado del derecho de propiedad, de la "busca de la felicidad" —*pursuit of happiness*— por todos los medios no reñidos con una ley muy liberal, de la "igualdad de oportunidades" en el sentido de que todos pueden aspirar al paso de lo más bajo a lo más alto, de vendedor de diarios a multimillonario, conforme a la tradición de un Horatio Alger, un John Rockefeller o un Henry Ford. No olvidemos que el sociólogo alemán Max Weber ya había señalado a comienzos del siglo que eran las convicciones religiosas protestantes las que habían procurado buena parte de su impulso al desarrollo económico capitalista.

Nada había indicado hasta nuestros tiempos a los norteamericanos que esta tónica no fuera la más acertada. Con ella se transformaron en menos de dos siglos desde las Trece Colonias de la costa oriental, enfrentadas con una arrogante metrópoli, en *the wealthiest and most powerful nation of the world*, en la más rica y poderosa nación del mundo, permanentemente a la busca de nuevas fronteras. Con ella, aquellos independizados colonos de Delaware, Pensilvania, Nueva Jersey, Georgia, Connecticut, Massachusetts, Maryland, las dos Carolinas, New Hampshire, Virginia, Nueva York y Rhode Island, marcharon hacia el Oeste, exterminaron virtualmente a los indios —¿merecían ser convertidos "a la española" y podían figurar entre los elegidos gente tan primitiva?—, dirimieron entre 1860 y 1865 sus diferencias en torno a la esclavitud de los negros en una durísima guerra civil, se adueñaron por compra, arriendo, cesión o viva fuerza de cuanto es actualmente territorio norteamericano, enfrentaron con su nuevo imperialismo a los imperialistas europeos, llegaron a considerar al hemisferio occidental su natural zona de influencia, dieron formidables saltos adelante con las dos guerras mundiales, libradas lejos de sus fronteras, y, finalmente, ebrios de poder, crispados por la aparición de un mundo socialista que suponía la negación de todos sus principios y se atrevía a disputarles la hegemonía y

1

2

el futuro, se erigieron en campeones del "mundo libre", presentes por doquiera, dueños de un imponente arsenal nuclear, conquistadores de la Luna. Todavía con el engreimiento natural que procura la conciencia de la propia fuerza, pero cada vez más inquietos ante los problemas internos y externos que el gigantismo crea. Especialmente, al advertir que la rápida transformación del mundo está dando origen a nuevos gigantes, algunos con cuadros de valores diametralmente opuestos.

En todo caso, la historia de Estados Unidos explica bastante bien que el "identikit" ofrecido por Schlesinger sea el que es. Como explica bastante bien que la filosofía típicamente norteamericana sean el "pragmatismo" y el "instrumentalismo", que, con Charles Peirce, William James y John Dewey como principales exponentes, lo miden todo —la verdad, la belleza, el bien— por los efectos, los resultados, en una versión extrema del positivismo y el utilitarismo. Ni Dios escapa a esta relatividad. Creer en Dios nos puede ser útil. "Si existe una vida mejor de la que podemos llevar —dice William James— y si existe una idea que, al creer en ella, nos ayude a llevar esa vida, nos convendrá, en efecto, creer en esa idea, a no ser, claro está, que la creencia en ella se oponga a otras ventajas vitales más importantes". Dios, pues, si no quiere ir a parar al cuarto de los trastos viejos, debe cuidarse de no enfrentarse con esas otras ventajas vitales. Hasta los famosos cardenales católicos Spellman, tan asiduo visitante de los combatientes norteamericanos en Corea y Vietnam, y Cushing, tan amigo de los Kennedy, parecieron compartir esta idea.

A este poderoso Estados Unidos, todavía en formación, llegó a mediados del siglo XIX, cuando ya se estaba gestando la guerra civil conocida en la historia como la guerra de Secesión, el Kennedy destinado a ser origen de un famoso linaje. Era, como miles de otros, un oscuro irlandés, expulsado de su patria por el hambre.

El *Establishment*

Cuando las cosas parecen marchar bien, un país no siente la necesidad de cambiar sus instituciones fundamentales. Esto hace que Estados Unidos se rija todavía por la Constitución del 17 de setiembre de 1787, con sus seis artículos divididos en secciones y sus sucesivas enmiendas, que actualmente son veinticinco. Fue adoptada para la creación de un gobierno central fuerte, en sustitución de los primitivos y demasiado laxos Artículos de la Federación de las Trece Colonias. Con cierto olvido de las muy nobles palabras de la Declaración de Independencia, que tanto inspiraron a la Revolución Francesa.

Pero oigamos a este respecto a Harold U. Faulkner, el autor de *American Economic History*. "Aunque la Constitución fue la obra de una reducida minoría —nos dice—, su adopción significó la eliminación de muchos de los males económicos que agobiaban al comercio y la industria desde la época de la guerra ... Sin dejar de reconocer las múltiples ventajas propias de un gobierno central fuerte, debemos señalar al menos tres hechos relacionados con la Constitución. En primer lugar, fue proyectada para una sociedad acentuadamente agrícola y mercantil y redactada en su mayor parte por los dirigentes de esos sectores económicos... En segundo término, los creadores no se propusieron establecer una democracia absoluta... Por último, durante la campaña sobre la ratificación, se insistió con vigor en que la Constitución era ante todo un documento destinado a sostener los derechos de la propiedad privada, especialmente las inversiones en bienes muebles, sin conceder atención suficiente a los generalmente admitidos 'derechos del hombre'.

"Para hacerla más aceptable y asegurar su adopción, el primer Congreso presentó las primeras diez enmiendas, conocidas como 'Declaración de Derechos', que fueron debidamente ratificadas. Garantizaban derechos fundamentales, como la libertad de palabra, de prensa, de reunión y de cultos, el juicio por jurados y la protección contra las investigaciones irrazonables y las fianzas y penas excesivas. Las enmiendas nueve y diez protegían en general contra las usurpaciones de los derechos de los ciudadanos y los estados por parte del gobierno federal. Con la aprobación de estas enmiendas, parecía que la Constitución abarcaba los derechos humanos del mismo modo que los de la propiedad. Por desgracia, no siempre estas enmiendas han sido tenidas tan en cuenta como algunas otras cláusulas del importante documento."

En todo caso, habían quedado establecidas las bases de las instituciones norteamericanas, de ese *Establishment* sometido actualmente a tantas críticas. Modelo de muchas otras, especialmente en la América latina, la Constitución norteamericana, complementada por sus enmiendas, sigue en vigor, con sus un tanto contradictorias defensas del derecho de propiedad y de las libertades individuales —¿qué libertad tiene quien carece de medios?—, con su régimen presidencialista, con su Congreso bicameral, con sus jueces de carácter electivo y vitalicio, encabezados por una *Supreme Court* o Tribunal Supremo federal compuesto por un justicia mayor y otros ocho magistrados cuyos nombramientos corresponden al presidente de la nación con la aprobación del Senado.

También con el principio un tanto olvidado de que los estados son anteriores a la nación y tienen facultades que les son propias, no otorgadas, pues son ellos los que conceden al gobierno central las suyas, únicamente en la medida necesaria para la vida colectiva nacional. El propio imponente desarrollo y las exigencias de la vida moderna han obligado a un gobierno central cada vez más fuerte. Especialmente, desde la aparición de otros gigantes, como esa Unión Soviética y esa República del Pueblo Chino que suponen la negación de cuanto Estados Unidos propugna.

Sea como fuere, todavía, conforme a la Constitución, se celebran elecciones presidenciales cada cuatro años, aunque de cuando en cuando caiga asesinado un presidente, automáticamente reemplazado por el vicepresidente que lo acompaña en el "binomio" electoral. Todavía se celebran cada dos años elecciones legislativas, con renovación total de la Cámara de Representantes y de una tercera parte del Senado. Y todavía funciona el sistema de los dos partidos, herencia lejana de los *tories* y *whigs* de la antigua metrópoli, aunque la escisión de los racistas demócratas sureños, encabezados por George Wallace, haya creado, con un tercer partido, un factor de perturbación, que halló su cauce natural.

Organizaciones poderosas y también estructuras sofocantes, en cuanto reducen a un mínimo las opciones del elector; con distantes orígenes en los partidarios de los estados y los defensores del poder central, estos dos grandes partidos no suponen en modo alguno una división entre derechas e izquierdas. Tanto entre los demócratas como entre los republicanos, hay "conservadores", poco amigos de cualquier cambio, y "liberales" —un término político que, curiosamente, tiene origen hispánico—, inclinados a tales o cuales reformas. A lo sumo, puede decirse que los "liberales" predominan más entre los primeros que entre los segundos. ¿Las izquierdas? Son esos "radicales", por lo general muy mal mirados, que se crispan ante la rigidez del *Establishment*, comienzan a crear problemas de orden público y son tratados sin muchas contemplaciones. La policía norteamericana, sea estatal o federal, puede ser muy "brava".

La Constitución norteamericana de 1787 sigue, pues, vigente, pero, ¡qué lejos está aquella "sociedad agrícola y mercantil" para la que fue creada! Ahora, esta Constitución rige los destinos de una potencia industrial de una complejidad extrema, con sus gigantescas *corporations* —sociedades anónimas—, sus poderosas organizaciones e instituciones de toda índole, su gravitación económica y política en los más diversos lugares del planeta, sus aspiraciones hegemónicas, sus enormes fuerzas armadas y su permanente enfrentamiento con el mundo socialista.

Es un enfrentamiento crispante, porque pone en tela de juicio la "ética capitalista", base, con sus raíces puritanas y calvinistas, de esa "libre empresa" que ha dado origen



1

1. Joseph Kennedy, el mayor de los hermanos, muerto en una acción de guerra en agosto de 1944

2 Joseph P. Kennedy, embajador norteamericano en Londres durante la segunda guerra mundial, abandona la Cámara de los Comunes con un equipo antigás al hombro luego de escuchar un discurso del primer ministro inglés Neville Chamberlain

En la pagina 7:

1. Joseph Kennedy y su esposa con los padres de esta última, los Fitzgerald, celebrando el 77º cumpleaños de John F. Fitzgerald (a la izquierda)

2. Rose Kennedy con algunos de sus hijos.

al inmenso poderío norteamericano. Es la ética que induce desde niño a abrirse paso, a la busca del éxito material y la acumulación de riqueza, sea cual fuere el rumbo o la profesión que se elijan. El afán de lucro y la índole agresiva son grandes virtudes, aunque los chiquillos parezcan malcriados y los mayores escupan en el suelo o pongan los pies sobre la mesa. Crear y consolidar una empresa de carácter lucrativo es un comportamiento loable. Y quienes triunfan en este empeño son merecedores de respeto y prestigio. Es el "sentido reverencial del dinero", según la expresión de Ramiro de Maeztu, un exponente de la generación española del 98. ¿Puede haber algo más contrario a la "ética socialista", esa ética que comienza negando la propiedad privada de los medios de producción?

Política y dinero

En todo caso, el gigantismo norteamericano ha hecho que, junto a gravosas obligaciones exteriores y gravísimos problemas internos, surjan muy diversos "factores de poder" que presionan duramente a la Casa Blanca, el Congreso y la magistratura judicial. Son esos "factores de poder" que han hecho que pululen en Washington en torno a los partidos los *lobbysts*, los gestores de tales o cuales intereses, pues al fin de cuentas el Estado, aunque gaste sumas fabulosas, debe estar al servicio de la "empresa libre". Son esos "factores de poder" cuya máxima expresión es ese "complejo industrial-militar"— ¿no sería más exacto llamarlo "complejo político-industrial-militar"?— que denunció Eisenhower al abandonar la Casa Blanca, esa "estrecha alianza entre una inmensa organización militar y una fabulosa industria de armamentos" contra la que previno a su sucesor John Fitzgerald Kennedy. Un poco inútilmente. Porque ese "complejo" forma parte del *Establishment*, de esas instituciones que es preciso aceptar si se tienen ambiciones políticas en Estados Unidos. Los Kennedy, aunque "liberales" por pragmatismo político, siempre lo han aceptado. Hasta cuando han visto asesinados a algunos de los suyos.

Es que la alta política no está al alcance de cualquiera en Estados Unidos. Exige, por de pronto, tener mucho dinero, haber alcanzado el respeto y prestigio que procura la prosperidad material. Salvo cuando, como en el caso de Eisenhower, se toma a un general vencedor como bandera. Pero oigamos lo que nos dice Manuel Jiménez de Parga, profesor de la Universidad de Barcelona y buen conocedor de la política norteamericana. "El sistema americano de campañas electorales —declara— exige que un aspirante a la investidura de un gran partido como candidato presidencial posea una fortuna propia de cierta importancia y esté dispuesto a invertirla en la empresa política. Los amigos del aspirante y las organizaciones interesadas en su triunfo prestan también cuantiosas ayudas económicas. Pero el dinero del protagonista —el posible candidato— es el primero que tiene que arriesgarse. En Estados Unidos, la política se entiende como un negocio más. No es un negocio solamente, pues interesa la realización de un programa de convivencia, pero es, en parte, un negocio. Hace cincuenta años, cuando apenas existían medios técnicos complejos para controlar la opinión y las decisiones humanas, los gastos de una campaña electoral no subían mucho. Hoy, las cifras que se manejan en esta materia son auténticamente astronómicas."

Y al referirse a la convención nacional del partido republicano que se celebró en San Francisco en 1964 y a la que asistió como intrigado testigo, Jiménez de Parga comenta: "A este nivel de protagonistas millonarios en dólares y con un coro donde la fuerza del dinero cuenta mucho, se fueron desarrollando en el Cow Palace las escenas de la magna representación política del partido republicano. Me impresionó el espectáculo comercial. ¿Simple comedia? ¿Auténtico drama? Allí no había que buscar contestación a estos interrogantes. Advertí que los americanos estaban contentos con la forma de realizar una campaña electoral. Y si un europeo pretendiese inquietar sus conciencias, es muy posible que le respondieran afirmando que también las grandes empresas privadas gastan sumas muy elevadas cada año para anunciar sus productos."

¿Un dato más? El semanario neoyorquino *Time*, en su número del 23 de noviembre de 1970, en una nota con el título "El alto costo de la democracia", nos dijo que, en las elecciones intermedias de ese mes y año, sin que estuviera en juego por tanto la presidencia del país, se gastaron en las campañas proselitistas unos doscientos millones de dólares. Y que la reelección por un cuarto período para gobernador del estado de Nueva York costó al republicano moderadamente "liberal" Nelson Rockefeller una suma calculada entre siete y diez millones.

Sea como fuere, los Kennedy se lanzaron decididamente a este proceloso mar de la política norteamericana. Como familia. Como "clan". Aunque muy católicos, como irlandeses de origen, tenían ambiciones muy legítimas, dentro del cuadro de valores imperante en Estados Unidos. Habían comenzado como pobrísimos inmigrantes y hecho una gran fortuna. Eran ya, vencidas las resistencias de algunos rancios abolengos, gente de pro en Boston, la capital de Massachusetts, la aristocrática ciudad que había representado tan destacado papel en la Revolución Americana. Y tenían otros títulos para el respeto y el prestigio. Se habían portado como buenos durante la segunda guerra mundial, en la que había muerto heroicamente el primogénito. Se habían educado en Harvard, la univesridad más selecta del país. Poseían físicos y maneras atrayentes, al nivel de las más altas clases europeas. No escupían en el suelo. Enérgicos, voluntariosos, con don de gentes, con muchos amigos, parecían hechos para la batalla política. Iba a ser para ellos más cruenta que las de la guerra.

Pero, descrito ya a grandes trazos el escenario, hagamos entrar en escena a los personajes. Son los personajes de una tragedia múltiple. No griega, sino norteamericana.

El "Padre Fundador"

Como los gallegos, los irlandeses son celtas. Como Galicia, Irlanda es un país de emigración, incapaz de mantener a la totalidad de su población, muy prolífica. Pero los irlandeses tienen con los ingleses muchos más agravios que los gallegos con los demás pueblos de "las Españas". De hecho, Irlanda ha andado a la greña con Inglaterra desde el siglo XII, desde que Enrique II se proclamó soberano de la "Isla de los Santos", patria de muchos misioneros a partir de su conversión al cristianismo por San Patricio, en el siglo V. Cuando la tenaz lucha por la independencia se mezcló con las pugnas religiosas entre católicos y protestantes, todo se hizo explosivo, con derramamiento de mucha sangre, en las relaciones entre Irlanda e Inglaterra. Todavía sigue siéndolo, como los tumultos del Ulster lo testifican.

Los irlandeses han emigrado preferentemente a Estados Unidos. Han constituido allí una importante colectividad, responsable en gran parte de los progresos del catolicismo entre los norteamericanos, aunque ello no haya supuesto ninguna mitigación importante en la tónica protestante que, especialmente en el orden económico, en ellos prepondera. Al fin y al cabo, también los católicos por lo general "pasaban el charco" para "hacer las Américas", no para convertir a los indios. En todo caso, a los irlandeses se debe principalmente que la archidiócesis de Nueva York sea, con su catedral de San Patricio, la más rica del mundo.

A mediados del siglo XIX, una época de mucha agitación política y social en Europa —la época de Karl Marx y el *Manifiesto comunista*—, los irlandeses pasaron por hambres caninas, al perderse varias de sus cosechas de papas, para ellos un alimento básico. Muchos optaron entonces por la emigración a Estados Unidos. Entre ellos, figuraba un Patrick Kennedy, que partió de New Ross y se instaló en East Boston, un distrito bostoniano donde predominaban los inmigrantes.

Este cabeza de linaje tuvo cuatro hijos. De ellos, el benjamín, también llamado Patrick, se dedicó al comercio de bebidas, puso una taberna —un *saloon*— y, tal vez a fuerza de escuchar conversaciones de su clientela,

se interesó en la política e ingresó en el partido demócrata. En el Boston aristocrático con pruritos intelectuales, sede de los Cabot y los Lowell, predominaban los republicanos, los "yanquis", que no ocultaban su desprecio por los inmigrantes irlandeses, norteamericanos de nuevo cuño. Sin embargo, otro hijo de inmigrantes irlandeses, John F. Fitzgerald, había sabido abrirse camino en la política, hasta llegar a alcalde de Boston. Al mismo tiempo, Patrick J. Kennedy, que ya había hecho algún dinero con su *saloon* y otras actividades, se había permitido el lujo de enviar a su primogénito, Joseph P., a Harvard, una de las "fortalezas intelectuales" de Estados Unidos, el Cambridge norteamericano, una universidad especializada en la formación de hombres públicos. Joseph P. Kennedy, que tenía mucho carácter, regresó de sus estudios con cierto bagaje cultural, incluido el "acento de Harvard", que es entre los norteamericanos un signo de distinción tan grande como el "acento de Oxford" entre los ingleses.

Los Fitzgerald y los Kennedy ya eran en Boston aliados políticos, enfrentados con los orgullosos republicanos locales. Y esta alianza se consolidó cuando Joseph P., el joven graduado de Harvard, se casó con Rose Fitzgerald, la hija del alcalde. De este matrimonio nacieron los nueve hijos que iban a constituir, estrechamente unidos en torno a la persona y la fortuna de su padre, un formidable "clan" y entre los que el segundo, John Fitzgerald Kennedy, estaba destinado a ser el presidente más joven de Estados Unidos —el trigésimo quinto— y a morir trágicamente en Dallas, Texas, tierra de potentados petroleros.

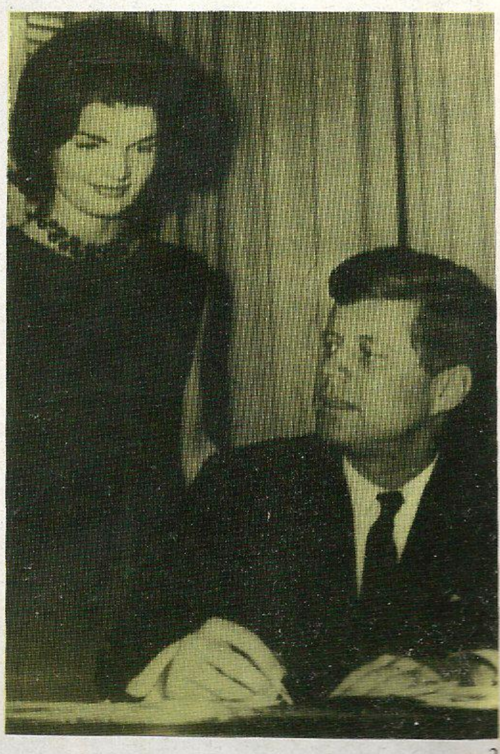
Fue, pues, este Joe Kennedy, el hijo del dueño de un *saloon* bostoniano y el nieto de un inmigrante irlandés, el verdadero "padre fundador" de una familia que tiene ya ganado por muchos títulos, algunos de ellos trágicos, un puesto en la historia de Estados Unidos. Fue en más de un aspecto un hombre singular. Siempre fue un político, de acuerdo con las aficiones heredadas, pero abandonó por un tiempo la política para entregarse de lleno a los negocios, como si se dijera que sólo con millones, muchos millones, se podía aspirar a ser realmente alguien dentro del *Establishment*.

Como hombre de negocios, se mostró tan rudo e implacable como sagaz. Operó fuera de Boston, donde tropezaba todavía con serias barreras de clase. Compró, utilizando créditos en toda la medida a su alcance, una cadena de cines en Nueva Inglaterra. Luego, ya con buenos dólares en el bolsillo, pasó a Hollywood, donde invirtió dinero en películas y de donde se retiró, al cabo de menos de tres años de febril actividad, con cinco millones más en su haber. Seguidamente, durante los "años locos" de especulación sin frenos, actuó en Wall Street, comprando y vendiendo

1

1. John F. Kennedy y Jacqueline Bouvier, el día de su casamiento.

2. John y Jacqueline Kennedy durante la campaña presidencial.



2



1



4



2



3

1. John Kennedy, presidente electo, y D Eisenhower se entrevistan en la Casa Blanca

2. La señora de De Gaulle, John Kennedy, Ch. De Gaulle y Jacqueline Kennedy en los jardines del Elíseo

3. J. Kennedy y R. Nixon, entonces candidatos a la presidencia de los Estados Unidos, durante un debate televisado

4. John Kennedy con el que fuera candidato a presidente por el Partido Demócrata en 1952 y 1956, Adlai Stevenson

acciones y otros valores, casi invariablemente con grandes beneficios. Su buen olfato para el dinero le hizo quedar a cubierto cuando sobrevino en 1929 el hundimiento de la bolsa de Nueva York y hasta procurarse nuevas ganancias mientras tantos se arruinaban y el país se sumergía en la Gran Depresión. Previó también que la "ley seca" no podía durar y, sin entregarse a ningún contrabando gangsteril, obtuvo licencias de importación de ginebra y whisky "con fines medicinales". Cuando se puso término a la "prohibición", sus abarrotados almacenes fueron rápidamente vaciados con un nuevo beneficio de millones. Finalmente, se interesó, ya con espíritu menos aventurero, en el petróleo y, en mucha mayor medida, en las transacciones inmobiliarias, asesorado en estas últimas por John J. Reynolds, consejero financiero de la archidiócesis de Nueva York. En Estados Unidos, el fervor católico no está reñido con el amor al dinero. Por mucho que San Pablo haya dicho que "en el amor al dinero está la raíz de todos los males".

De este modo, el "padre fundador" amasó, en relativamente pocos años, una fortuna calculada en unos cuatrocientos millones de dólares. No es de las mayores que existen en Estados Unidos, pero tiene, desde luego, el tamaño suficiente para hacer de su dueño una potencia y derribar casi todas las barreras de clase. Es, además, una fortuna con una curiosa particularidad. Joe Kennedy no fundó ninguna empresa, ni grande ni pequeña. No fue "rey" de nada, ni siquiera del chicle. No fue más que un hábil especulador e inversionista. Y, ya multimillonario, colocó muy prudentemente sus dineros, de modo que nadie los despilfarrara y sirvieran de base financiera permanente para su "clan". Su amor al dinero corrió parejo con su amor a la familia.

Ya muy rico, volvió a la política. Invirtió veinticinco mil dólares en la campaña proselitista de Franklin Delano Roosevelt en aquel crítico año de 1932, cuando el país, gobernado por el republicano Hoover, se debatía en las garras de una tenaz y grave crisis económica. Logró que amigos suyos aportaran otros cien mil dólares a la campaña. También estas iniciativas dieron buenos frutos. Roosevelt premió a aquel buen demócrata con diversos cargos en el gobierno del *New Deal* y, finalmente, con el muy lucido puesto de embajador de Estados Unidos ante la corte St. James. Algo realmente extraordinario para quien era un católico de ascendencia irlandesa. Aunque demócrata, el "padre fundador" no tenía nada de "liberal". Fue un "conservador" y hasta, si nos atenemos a módulos no norteamericanos, un reaccionario de tono y lomo. En Londres, se identificó plenamente con la política del primer ministro Chamberlain, admiró secretamente a Hitler, aprobó el pacto de Munich y fue un perfecto "apaciguador". Cuando los nazis emprendieron la invasión de Polonia, renunció y regresó amargado y confundido a Estados Unidos, donde uno de sus grandes amigos era aquel senador Joseph Mc Carthy —otro católico de oriundez irlandesa—, que se haría tristemente famoso por su anticomunismo enfermizo y su "caza de brujas", causa de ruinas y suicidios, y terminaría siendo descalificado por el propio Senado.

Aunque en adelante siempre puso mala cara al que no le diera el tratamiento de "embajador", Joseph P. Kennedy comprendió, desencadenada ya la segunda guerra mundial, que el fracaso del "apaciguamiento", cuya finalidad esencial había sido lanzar a Hitler hacia el Este, significaba el fin de su carrera política. Pero la política seguía siendo su obsesión. Tenía su mirada fija en la Casa Blanca. ¿No merecía ocuparla cualquiera de sus hijos? ¿No había sabido formar, al mismo tiempo que amasaba millones, una espléndida familia? Rebosaba de orgullo cuando la reunía a su alrededor. "La medida del éxito de un hombre en la vida —dijo en más de una ocasión— no es el dinero que ha logrado acumular, sino la clase de familia que ha sabido crearse."

Era, desde luego, una familia lucidísima. Cuatro hijos, Joseph, John, Robert y Edward —Joe, Jack, Bob y Ted—, altos, apuestos, refinados, briosos, agresivos, a sus anchas en cualquier ambiente, con mucha escuela y "acento de Harvard", con simpatía natural y una sonrisa atrayente que casi podía llamarse "sonrisa Kennedy" y mitigaba la "rudeza" norteamericana, mucho más manifiesta en el padre. Tal vez habían sido niños malcriados, pero no eran jóvenes que no supieran comportarse en sociedad. Cuatro hijas —Kathleen, Eunice, Pat y Jean— también muy lucidas. Sólo una quinta, Rosemary, había salido retardada por sabe Dios qué capricho de los genes. Ponía un trazo patético en aquel esplendor familiar, un trazo que recordaba a tan buenos católicos que siempre debía aceptarse la "voluntad de Dios".

En 1941, después del ataque japonés contra Pearl Harbor, la "voluntad de Dios" exigía que se luchara contra la empresa de dominación mundial a la que se había lanzado el eje Berlín-Roma-Tokio y también que se olvidara del "apaciguamiento" paterno. No eran los jóvenes Kennedy gente que escurriera el bulto. Joe y Jack, en edad militar, no se emboscaron en cómodos puestos, como hubieran podido hacerlo. Se alistaron inmediatamente en la Armada y aceptaron la lucha con todos sus riesgos. El primogénito murió como un héroe y desapareció en el mar del Norte, en 1944, cuando estalló en el aire el avión-torpedo que, en arriesgadísima prueba, debía abandonar, lanzándose en paracaídas, después de haberlo orientado hacia determinadas defensas alemanas. Y el propio Jack, el futuro presidente, estuvo a punto de perder la vida cuando la lancha torpedera que comandaba —la PT-109— fue embestida de noche por un contratorpedero japonés, en agosto de 1943, frente a las islas Salomón, en el Pacífico. Jack, como otros sobrevivientes, tuvo que ganar la costa a nado. Se le otorgó el "Corazón de Púrpura" —*Purple Heart*—, la condecoración que ostentan los que han padecido por la patria. Nunca se repuso totalmente de aquella dura prueba.

No fueron estos dramas los únicos estragos que causó la guerra en la familia Kennedy. Kathleen, rotas ya todas las barreras de clase, se había casado con un aristócrata británico, el marqués de Hartington, y este bravo soldado cayó al frente de sus hombres en Normandía, a los pocos días de iniciada por las fuerzas aliadas la invasión del continente europeo. Y la propia Kathleen estaba destinada a morir trágicamente en un accidente de aviación cuatro años después. Comenzaba a manifestarse esa "especie de maldición terrible" que, según el benjamín Ted, parece pesar sobre la familia.

Pero el viejo Joe, el "embajador" Kennedy, quien, desde que terminó la guerra, acogido ya a un discreto retiro, no regateó esfuerzos ni dólares, al frente de un "clan" muy unido, en apoyo de la carrera política de su hijo John, vio realizados todos sus sueños de gloria cuando, el 20 de enero de 1961, sentado junto al trigésimo quinto presidente de Estados Unidos, presenció el fastuoso "desfile inaugural" que en aquella fecha se celebró en Washington. La suprema aspiración estaba colmada. ¡Un Kennedy en la Casa Blanca!

¿Hubo realmente pecado de *hybris*? En todo caso, pronto sobrevinieron los golpes de la caprichosa Fortuna. Uno tras otro. Un año después, un ataque cardíaco dejó al "embajador" semiparalítico y privado del habla, recluido de modo definitivo en el refugio de Hyannis Port, junto a su fiel Rose, mujer fuerte, con mucho temple para soportar desgracias familiares. ¿No estaba ya asegurada, protegida por muchos y bien invertidos millones, una numerosa y prometedora descendencia? Vino luego, en noviembre de 1963, la tragedia de Dallas. Vino luego, en junio de 1968, la tragedia de Los Ángeles, seguida a los pocos meses de la nueva y escandalosa boda de la "viuda del siglo", de la divinizada Jacqueline. Y vino finalmente, junto a otros sinsabores de orden menor, el turbio asunto de Chappaquiddick, que de tal modo puso en peligro la carrera política del temerario Ted, el sobreviviente de los cuatro hermanos.

Todas las desdichas, sin embargo, fueron soportadas con entereza por el viejo y baldado Joe y la animosa Rose. ¿No estaba ya la familia Kennedy por encima del bien y del mal? ¿Debía ser medida por el mis-



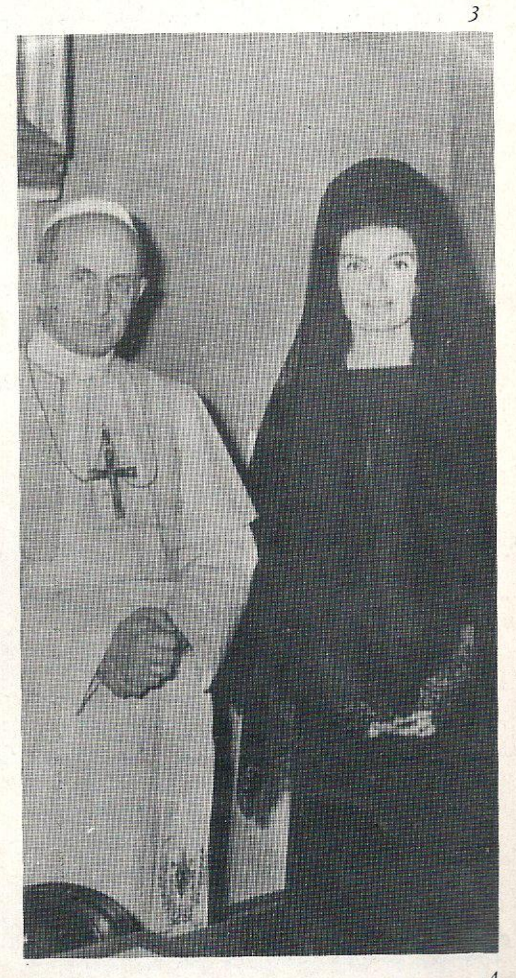
1



3



2



4

mo rasero que la gente vulgar? No se renunció a nada. Se mantuvo la bandera en alto. Hasta que, en noviembre de 1970, llegó al "embajador", a los 81 años de edad, la hora que, tarde o temprano, a todos llega. Murió al fallarle el muy cansado corazón.
El "clan" Kennedy, siempre numeroso a pesar de las bajas, ya muy habituado a los funerales, organizó para su patriarca uno con mucho estilo, con un ceremonial digno de la Casa de Borgoña. En la iglesia de San Francisco Xavier, en el mismo Hyannis. Con una "misa blanca" de réquiem, en la que las blancas vestiduras evocaban la resurrección de la carne. Oficiada por el arzobispo de Boston, el cardenal Richard Cushing, quien, sin ninguna mención, claro está, a lo difícil que es para un rico entrar en el Reino de los Cielos, dedicó un homenaje personal "al carácter y el genio del viejo amigo". Estaban allí dieciocho de los veintiocho nietos del "embajador". Todos de gentil apostura. John-John, el ya bastante crecido hijo del presidente asesinado, recitó de memoria, soplado discretamente, el Salmo 23. "Del Señor es la tierra y los seres que la llenan..." Ocho jovencitas Kennedy, con paso rítmico, hicieron la procesión del ofertorio hasta el altar. Terminada la misa, el clan se trasladó a Brookline y sepultó al "padre fundador" en una parcela familiar señalada por una enorme losa de granito en la que se lee únicamente la palabra: Kennedy.
Todo tuvo algo de coro griego, de impresionante ballet dramático. Los Kennedy cuidan mucho de su propia imagen.

Hacia la Casa Blanca

Cuando, en 1945, John Fitzgerald Kennedy fue licenciado por la Armada, era un joven de 27 años con muchísimas prendas y manifiestas dotes para las lides políticas. Su salud no era de las mejores. Muy deportista como estudiante, había sufrido cierto quebranto en su columna vertebral como consecuencia de una caída en un campo de juego. También padecía cierta insuficiencia de las glándulas suprarrenales –mal de Addison–, origen de muchas molestias. Todo se le agravó con lo ocurrido frente a las islas Salomón y el paludismo que contrajo durante la guerra. Durante su relativamente corta vida, tuvo que someterse a varias intervenciones quirúrgicas y usar aparatos ortopédicos. Pero nada de esto afectó de modo aparente a su prestancia personal, a su espigada figura de más de 1,80 metros de estatura.
Había sido testigo y beneficiario de la rápida ascensión económica de su familia. Siempre en mejores casas. Numeroso servicio doméstico, algo que en Estados Unidos significa muchísima holgura. Buenos colegios. Luego, Harvard, con mucho hincapié en historia y política y animados debates en las clases. Frecuentes viajes. Se



5

1. J. Kennedy, presidente electo de los Estados Unidos, con su esposa y el pequeño John F. Junior, poco después de la ceremonia del bautismo de este último

2. John, Caroline y Jacqueline Kennedy en los jardines de Hyannis Port en 1960

3. Jacqueline Kennedy

4. Jacqueline Kennedy con Paulo VI en 1966

5. Jacqueline Kennedy con sus hijos e Isabel II de Inglaterra



1

1. *Jacqueline Kennedy con sus hijos en Irlanda*

En las páginas 14 y 15:

1. *John Kennedy y su hermana, la señora de Lawford, en una convención del Partido Demócrata en 1960.*

2. *John Kennedy es recibido triunfalmente en Los Ángeles durante su campaña presidencial*

3. *John Kennedy, presidente electo, es saludado a la salida de la iglesia de St. Edwards*

4. *John Kennedy presta juramento como presidente de los Estados Unidos ante el juez Earl Warren*

graduó en Harvard con una tesis que llamó la atención. Se titulaba *Why England Slept* —"Por qué Inglaterra se durmió"— y atribuía el difícil predicamento en que se vio Gran Bretaña ante Hitler al egoísmo de patronos y obreros, la influencia del pacifismo y la excesiva economía presupuestaria. Luego, estudió algo de economía y negocios en la universidad californiana de Stanford e hizo más viajes. Orientado por su padre, estaba adquiriendo una sólida preparación para ser "hombre público". Era el segundón, pero la desaparición del primogénito lo convirtió en el abanderado de la familia.

No tenía nada de rebelde. Aceptaba todos los valores del *American way of life*, esos valores que habían hecho de los Kennedy en muy pocas generaciones una potencia. No dudaba de que el sistema norteamericano era el mejor del mundo y de que Estados Unidos estaba llamado por su propia grandeza a una misión rectora y dominante, mal que pesara al perturbador comunismo. Aceptaba el *Establishment*. Aceptaba las "reglas del juego" de la política norteamericana, aunque tuvieran tanto parecido con las del cachascán. Sabía de sobra que tenía que procurarse una piel de elefante y ser un maestro en el arte de la sonrisa, del apretón de manos, de la campechanía sin condescendencia aparente. Aunque, como es natural, era un demócrata, tuvo en un principio más de "conservador" que de "liberal".

Se inició en la política, también de modo muy natural, en el undécimo distrito de East Boston, donde eran muy numerosas las familias descendientes de inmigrantes, especialmente irlandeses. Quería ingresar en la Cámara de Representantes. Tenía el apoyo de mucho amigos de Harvard y de la Armada. Tenía también su aureola de héroe de la guerra. Y tenía igualmente cincuenta mil dólares de su padre para la campaña. Venció fácilmente en las "primarias", esas elecciones internas que celebran los dos grandes partidos en algunos estados del país para la designación de candidatos. Venció luego al candidato republicano. Y de este modo, con 29 años de edad, se vio convertido en legislador de su país. Washington lo llamaba. Ingresó en una cámara que, por primera vez en dieciséis años, tenía mayoría republicana. Corría el año 1947. Eran los tiempos de Truman, presidente demócrata, sucesor de Roosevelt.

Reelegido en 1948 y 1950, bien asentado políticamente, el joven representante no se distinguió por sus iniciativas. Fue un legislador demócrata disciplinado, cauteloso y prudente, atento sobre todo a los intereses de su distrito. Aunque con ciertas inclinaciones "conservadoras". ¿Por qué no se había intervenido con más vigor en China, que estaba cayendo en manos de los comunistas? ¿Por qué las naciones eu-

ropeas se apoyaban tanto en el Plan Marshall y no se ayudaban a sí mismas? Tal vez eran influjos del viejo Joe en su todavía no sazonado hijo.

Había, sin embargo, que aspirar a algo más. No se llegaba a la Casa Blanca como simple miembro de la cámara joven. John pensó en disputar la gobernación del estado de Massachusetts. Pero el "embajador" le recomendó que disputara a Henry Cabot Lodge su banca de senador. "Cuando lo derrotes —le dijo—, habrás derrotado al más poderoso que hay aquí. No te contentes con menos." Los Kennedy y sus amigos, entre los que descuellan quienes comienzan a ser llamados la "maffia irlandesa", se lanzan a la pelea con entusiasmo. John se multiplica en persona. Su atrayente y risueña efigie está en todas partes. Se gasta medio millón de dólares en la campaña. Y se derrota al prohombre republicano por unos sesenta mil votos. En noviembre de 1952. En el estado de Massachusetts nada menos. En un estado que, al mismo tiempo, se había pronunciado por Eisenhower, el candidato de los republicanos, en la lucha por la presidencia de la nación. El nombre de John Fitzgerald Kennedy sonó de costa a costa.

Como senador, con la banca en su poder por seis años, John continuó en un principio mostrándose prudente. Y también "conservador". Estaba ya al frente de una poderosa organización personal dentro de su partido y tenía como colaborador inmediato a un joven de talento, Theodore C. Sorensen, a quien habitualmente encomendaba la redacción de sus discursos. No votó en 1954 la censura contra el furibundo senador Joseph McCarthy, aunque se le oyó comentar, después de una conversación telefónica con Hyannis Port: "¡Ese McCarthy! Debe de estar acabado. Hasta mi padre comienza a meterse con él." Votó, en cambio, una enmienda que neutralizaba en gran parte la ley sobre los derechos civiles, con la que se trataba de calmar la creciente agitación de los negros. Se dijo entonces —se estaba en 1957— que, ya con la mirada fija en la Casa Blanca, quería ganarse los votos de los demócratas sureños. ¿Pragmatismo? Bien, es muy difícil para un político norteamericano no rendir culto a lo que nosotros llamamos oportunismo.

Pero el período de senador de John Fitzgerald Kennedy fue muy movido en otros aspectos. En 1953, el joven y apuesto político, codiciado por tantas, se casó con Jacqueline Bouvier, hija de un acaudalado agente de bolsa de Nueva York. Formaban una pareja de rara distinción. La boda, fastuosa, se celebró en la iglesia de St. Mary de Newport, Rhode Island. Allí estuvo el siempre fiel cardenal Cushing para bendecir la unión, un auténtico "acontecimiento social". Jacqueline, que tanto ha dado que hablar, supuso mucho en la vida de John F. Kennedy y los suyos. En cierto modo, todavía supone. Ya volveremos a fijarnos en ella.

En 1954, John tiene que ser hospitalizado e intervenido quirúrgicamente a causa de su afección de la columna vertebral. Restablecido, vuelve a la política, ya sin ocultar sus ambiciones. En 1956, la Universidad de Harvard le concede una distinción académica, como "bravo militar, competente senador, hijo de Harvard, leal a su partido, esclavo de sus principios". Es algo muy halagador y políticamente útil. Antes, en ese mismo año, había publicado *Profiles in Courage*, unas semblanzas de políticos norteamericanos que habían tenido el coraje de enfrentarse con sus electores en aras del interés nacional. En relación con este libro, que mereció el premio Pulitzer de biografía en 1957, hubo sus más y sus menos. El conocido periodista Drew Pearson creyó ver en aquellas páginas la pluma de Sorensen. Se registró en torno a la denuncia uno de esos pequeños alborotos literarios que pronto se olvidan. Si el mismo Sorensen juraba que el libro era del senador, ¿quién podía probar lo contrario? Sea como fuere, el senador Kennedy era ya una figura nacional, toda una fuerza política, en marcha decidida hacia la Casa Blanca. Con la grácil y elegante Jacqueline a su lado, entraba literalmente por los ojos.

Asumía en el Senado posiciones cada vez más "liberales" y agresivas, alejándose rápidamente de las de su padre, quien, convencido de que su John podía volar muy alto, procuraba, aunque siempre financieramente al pie del cañón, hacerse olvidar por todos. John había sido reelecto como senador por Massachusetts en 1958, pero ya había aspirado en 1956 al segundo término de la candidatura presidencial demócrata, como lugarteniente de Adlai E. Stevenson, el prestigioso y venerado "liberal". Fue, en el fondo, una suerte que el apuesto Jack resultara vencido, por muy estrecho margen, por Estes Kefauver, el senador por Tennessee. Porque Eisenhower, que se presentaba a la reelección y conservaba su prestigio de general vencedor, volvió a imponerse a la candidatura demócrata.

Se llegó así a 1960, año de nuevas elecciones presidenciales. El candidato demócrata tendría que enfrentarse, no ya con el general Eisenhower, que se retiraba, sino con su lugarteniente Richard Nixon, un hombre mucho más discutible. Jack aspiró decididamente a la candidatura demócrata. Se presentaba ya como un franco "liberal", dispuesto a aplicar nuevas fórmulas para la solución de los problemas internos y exteriores, que eran muchos y serios. Había cierta depresión económica. Los negros y otras minorías sumergidas se mostraban levantiscos. El mundo comunista era una amenaza creciente. Había que desalojar de la presidencia, "centro de acción, fundamento y fuente —según la definía el propio ambicioso senador— de donde emana el sistema norteamericano", a los "chapuceros" republicanos.

La campaña de John F. Kennedy fue activísima. Se contaba con grandes fondos. Se contaba con muchos apoyos. Se contaba con una poderosa organización de amplitud nacional, en la que participaban miles y miles de colaboradores. Había que hacer muchos equilibrios, pues era preciso contentar con promesas a muy diversos grupos y colectividades, a veces con intereses contrapuestos. A "los italianos", a "los irlandeses", a "los judíos", a "los polacos", a "los granjeros", a "los negros", a "los demócratas sureños". Había que convencer a todos de que el catolicismo del aspirante a la candidatura no significaba problema alguno, a pesar de lo que dijera Walter Lippman, el influyente comentarista político. Había que practicar mil sondeos de la opinión pública. Se entregaron con este fin cien mil dólares a Louis Harris, maestro en encuestas. Lo que no se discutía en modo alguno era el sistema, el *Establishment*, las instituciones que habían hecho de Estados Unidos lo que era.

Se avanzó a paso de carga, en forma arrolladora. El joven senador se impuso en todas las "primarias". Luego, en la convención nacional del partido, se impuso en la primera votación, dejando burlado al veterano Lyndon B. Johnson, el hábil político texano para el que el Senado no tenía secretos. Se mitigó el despecho del vencido ofreciéndole generosamente el segundo término del binomio, la candidatura a la vicepresidencia. Johnson tragó saliva, puso a mal tiempo buena cara y aceptó ser el acompañante de aquel "mocoso". Se dijo tal vez que el mundo, como es sabido, da muchas vueltas. Hasta en Estados Unidos. Siguió la batalla electoral. No fue tan fácil como la de la candidatura. Fue reñidísima, pues Eisenhower no regateó esfuerzos para sacar adelante a Nixon. Pero John triunfó. Aunque sólo por un margen de 150.000 sufragios entre los 70 millones de votos emitidos. El margen de los "votos electorales", de los compromisos de los estados, fue mucho más amplio: 303 frente a 219. Son particularidades del sistema norteamericano. El viejo Joe, en su refugio de Hyannis Port, rebosaba de gozo. Su suprema ambición estaba colmada. ¡Un Kennedy iba a instalarse en la Casa Blanca! El "clan" Kennedy se hizo fotografiar alrededor del candidato triunfador y de su hechicera cónyuge. Allí estaban todos. Los padres. Los hermanos. Las hermanas. Los cuñados. No era una galería de monstruos, como los que Goya ofreció en "La familia de Carlos IV". Era una galería de gente muy agradable. Todos con la misma sonrisa cautivadora. La "sonrisa Kennedy".

El presidente Kennedy

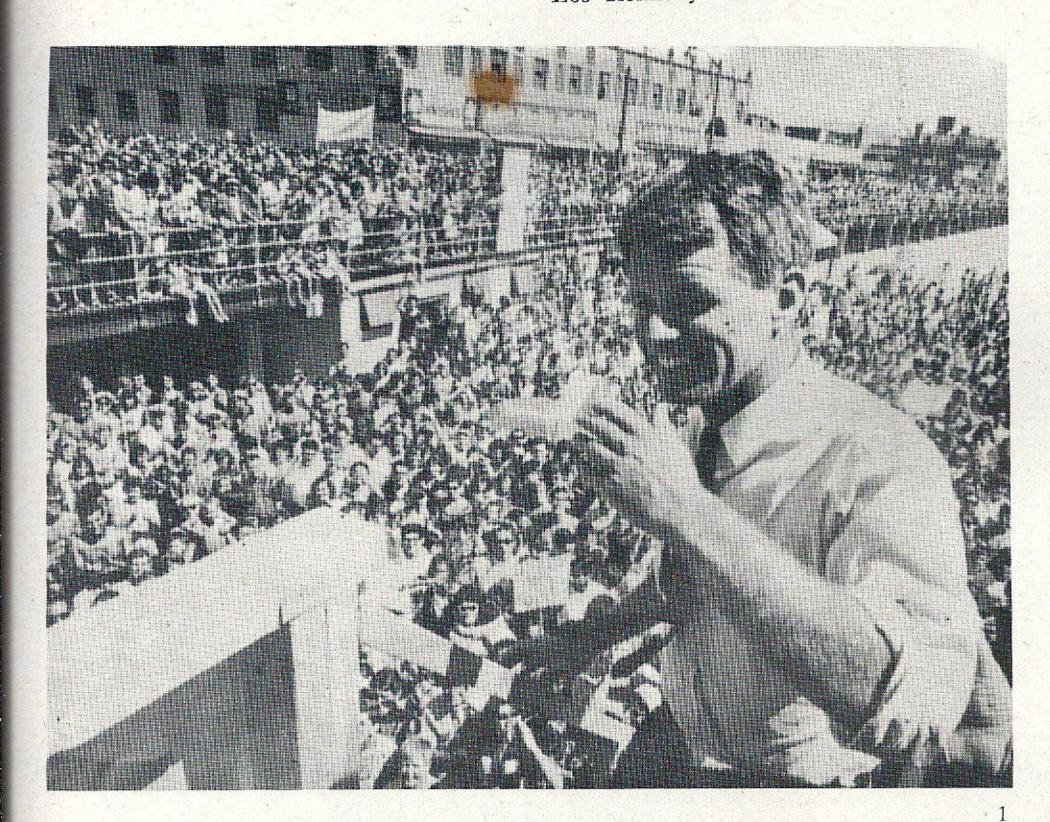
¿Fue John Fitzgerald Kennedy ese "mo-

PUERTO RICO
WASHINGTON
WASHINGTON
NEW YORK
MAINE
OK
DELAWARE
INDIANA
TEXAS



2

3



1



2

1. Robert Kennedy durante su campaña para obtener una banca en el Senado

2. Robert Kennedy anunciando su decisión de competir con L. Johnson por la candidatura del Partido Demócrata a la presidencia de los Estados Unidos

derno rey Arturo", ese "caballero sin miedo y sin tacha", ese "mártir de la democracia" al que se dedicaron mil panegíricos y endechas después que fuera vilmente asesinado? En aquella "hora de las alabanzas" participaron hastas las fuerzas tenebrosas que, según muchos, inspiraron y desencadenaron el odioso crimen. Pero en sus mil días de jefe del poder ejecutivo en Estados Unidos fue únicamente un presidente norteamericano más de nuestros tumultuosos tiempos, enfrentado con gravísimos problemas internos y exteriores, mediatizado por los dominantes poderes del dinero, forzado, sin ninguna "esclavitud a los principios", a la defensa del "mundo libre" frente al amenazador mundo socialista y la agitación creciente que los medios de comunicación masivos, armas de dos filos, fomentan en los pueblos.

Porque, en este siglo revolucionario por tantos conceptos, asistimos, con la palabra libertad siempre como bandera, a la enconada pugna entre dos sistemas fundamentalmente contrapuestos. Entre el que concede libertad para que haya libertades desmesuradas y libertades ínfimas y el que aspira a regular la libertad de modo que cada cual tenga la libertad que corresponda a la cantidad y la calidad del propio esfuerzo. En otros téminos, entre el que defiende la propiedad privada de los medios de producción y el que pretende colectivizarlos, de modo que sea algo más real la "igualdad de oportunidades". En otros términos, entre el capitalismo y el socialismo. En última instancia, libertad es la facultad de hacer lo que se quiere y el ejercicio de tal facultad reclama medios. Nada se obtiene sin ellos. Como presidente, John F. Kennedy habló mucho de libertad. Pero siempre, como es lógico, en el primero de los dos sentidos expuestos.

Apenas instalado en la Casa Blanca, el presidente más joven en la historia de Estados Unidos se definió a sí mismo como "un demócrata norteño con sentido de la moderación; un demócrata moderado que busca el interés nacional, según su conciencia se lo dicta; un liberal práctico; un liberal pragmático". Y cuando se le preguntó si su presidencia sería "liberal" o "conservadora", contestó prudentemente: "Espero ser responsable." En cuanto a su Jacqueline, que no siempre era frívola, a pesar de su enamoramiento de sí misma, lo definió como "un idealista sin ilusiones". La presidencia de los mil días, terminada tan trágicamente, se ajustó bastante bien, conforme a los módulos norteamericanos, con algunas luces y muchas sombras, a estas definiciones.

El presidente Kennedy tuvo como principales colaboradores a Dean Rusk, como secretario de Estado; a Robert McNamara —un hombre de la Ford, típico representante del "complejo industrial-militar"—, como secretario de Defensa, y a Robert

Kennedy, el propio hermano, como fiscal general o secretario de Justicia. Y tuvo desde el principio ante él descomunales problemas, especialmente en el orden exterior: la castrista Cuba —"primer territorio libre de América"—, Berlín, el Congo, Laos, Vietnam, otros muchos. Las relaciones con Moscú eran muy tirantes desde que, en tiempos de Eisenhower, había sido derribado en pleno corazón de la Unión Soviética un avión espía U-2. Y no contribuyó nada a mejorarlas la desdichada aventura de la bahía de Cochinos, el fracasado intento de invasión a Cuba con que virtualmente se inició el período presidencial.

La "cuestión cubana"

Fue una aventura que confirmó al jocundo Nikita Kruschev, que podía ser muy cáustico, en su opinión sobre lo que cabía esperar de la lucha entre Kennedy y Nixon por la presidencia de Estados Unidos. "Si nos dan a elegir en un par de botas —dijo, en contestación a una pregunta—, ¿qué más nos da una o la otra?".

Fue también una aventura cínica que sólo podía ser redimida, conforme a los criterios pragmatistas, por su buen éxito. Se trataba de un "plan heredado" del gobierno de Eisenhower, pues los preparativos de la invasión habían comenzado, con la complicidad de Nicaragua y otros sumisos países del Caribe, a principios de 1960. Pero Kennedy lo aceptó en su integridad, convencido por el "ahora o nunca" con que lo acosaban la CIA, el Pentágono y los exiliados cubanos, sin poner más condición que la exclusión de cualquier participación directa de las fuerzas norteamericanas. Y allá fue aquella desdichada Brigada 2.506, bien equipada y con el apoyo de barcos y aviones. Desembarcó en las ciénagas de Zapata, en abril de 1961, con la esperanza de provocar un levantamiento en Cuba, y quedó totalmente desbaratada en muy pocos días por las fuerzas de Castro. Murieron muchos de los invasores y otros 1.113 fueron hechos prisioneros. Stevenson, que, en el ocaso de su vida política, representaba a Washington en las Naciones Unidas, pasó por la vergüenza de que sus falsas negativas fueran puestas al desnudo por las pruebas irrefutables que presentó la delegación cubana. Hubo que soportar aquella terrible humillación. Hubo que rescatar a aquellos prisioneros, al cabo de veinte meses de cautiverio, a cambio de 53 millones de dólares en medicinas, tractores y otros suministros, como desenlace de gestiones en las que participó activamente Robert Kennedy, hábil recaudador de fondos. El presidente recibió a los rescatados en el Orange Bown de Miami y les dijo, a guisa de consuelo, que "algún día ondearía su bandera en una La Habana libre." Pero también dijo a sus íntimos: "¿Cómo pude equivocarme de este modo?" Sin duda, si la aventura hubiese llegado a buen fin, nada hubiera estado fuera de orden. Es el pragmatismo norteamericano. Todo se mide por los resultados.

La "cuestión cubana" se enconó muchísimo y las andanadas entre La Habana y Washington se multiplicaron. Así llegó a la "crisis del Caribe" en octubre de 1962, cuando el mundo advirtió con espanto que estaba en los lindes de la conflagración nuclear. Los aviones U-2 y los servicios de la CIA comprobaron que los soviéticos estaban instalando en suelo cubano proyectiles-cohete que apuntaban hacia Estados Unidos. Hubo febriles reuniones en Washington. Se barajaron toda clase de posibilidades y fórmulas. ¿Se produciría el choque directo entre los dos gigantes? Finalmente, el presidente Kennedy, en un discurso difundido por radio y televisión, anunció a los norteamericanos que estaban ante una gravísima amenaza a la que se debía poner inmediato remedio. Cuba iba a quedar bloqueada por la flota norteamericana, hasta que se lograra que Moscú retirara aquellos proyectiles. Al mismo tiempo, se llevó el asunto a las Naciones Unidas, donde Stevenson y Zorin, el representante soviético, libraron un durísimo duelo verbal. Hubo baja en las bolsas. Con muy serios temores, el mundo entero se mantuvo expectante.

Se vivieron días de tensión extrema. Los barcos soviéticos que navegaban hacia Cuba se detuvieron prudentemente en alta mar. Kruschev sostuvo que los proyectiles tenían un carácter defensivo, en previsión de cualquier nuevo intento de invasión, pero Kennedy se mantuvo en sus trece. Cuba hizo fuego contra los U-2 que volaban sobre ella y derribó a uno de los aparatos, con muerte del piloto. Otro U-2 allá por Alaska, penetró en el espacio aéreo soviético, pero pudo rectificar a tiempo lo que probablemente fue un error. Washington y Moscú pusieron a sus fuerzas militares en estado de alerta. Se vivía sobre ascuas.

Finalmente, se llegó a un "entendimiento". Los soviéticos retirarían sus proyectiles y desmantelarían las correspondientes rampas de lanzamiento, a cambio de la "promesa" de que los norteamericanos no invadirían a Cuba. Moscú tuvo que calmar al enardecido Fidel Castro, indignado de que se hubiesen hecho tales concesiones, y esto exigió una larga visita del hábil Anastas Mikoyan a La Habana. El enconado Pekín calificó a Kruschev de "aventurero irresponsable". Y el "mundo libre" aclamó al joven presidente como "salvador de la paz".

Pero subsistía el "problema de Castro". Subsiste aún, como es sabido, agravado por muchas otras cosas que han ocurrido y están ocurriendo en la América latina. Pero en aquella ocasión, resuelta ya la crisis, John F. Kennedy comentó: "No acepto la opinión de que el señor Castro permanecerá en el poder cinco años más. No puedo decir por dónde vendrá el cambio, pero he visto cambios tan grandes que siento la convicción de que Cuba será libre un día." Entretanto, la Cuba castrista continúa llamándose "primer territorio libre de América". Son las dos nociones totalmente antagónicas que se tienen de la libertad.

Problemas en el exterior

En junio de 1961, Kennedy y Kruschev se habían reunido en Viena para ver el modo de mejorar las tensas relaciones entre las dos potencias. No llegaron a ningún acuerdo. Como representantes de dos mundos muy distintos y en abierta pugna, hablaron lenguajes muy diferentes. "Nos hemos separado —comentó Kruschev— cada cual con su opinión." ¿Podía ser de otro modo?

Como representante de su mundo, fue el presidente Kennedy quien apoyó con más vigor la enredada intervención de las Naciones Unidas en el Congo, aquella intervención que desembocó en la atroz muerte de Patrice Lumumba e hizo que el iracundo Moscú calificara al secretario general Dag Hammarskjoeld —también destinado a una muerte trágica —de "organizador de asesinatos". Fue el presidente Kennedy quien euroción de indignación ante la erección del muro de Berlín y corrió a Berlín Oeste para decir a los habitantes de la enclaustrada ciudad, en tono desafiante, mirando hacia el Este: *Ich bin ein Berliner*. Fue el presidente Kennedy quien jugó la carta del general derechista Phoumi Nosaban en Laos, preparó una intervención armada en el alborotado reino y juzgó finalmente preferible suscribir los acuerdos de Ginebra de 1962, esos mismos acuerdos —los de la neutralidad de Laos— que el presidente Nixon ha juzgado preferible desconocer. Fue el presidente Kennedy quien inició la "guerra especial" en Vietnam del Sur, con el envío de miles de "asesores" militares que encuadraran y dirigieran a las tambaleantes tropas de Saigón. Fue el presidente Kennedy quien se cansó del ineficiente y corrompido gobierno del católico Ngo Dinh Diem y de sus disputas con los budistas y despachó, desde su residencia varaniega de Cape Cod, mientras muchos bonzos se inmolaban por el fuego —"asados al aire libre" llamó a estos sacrificios madame Nhu, la famosa "dama de acero"—, un discutido telegrama, indicando que Washington no impediría un golpe militar en aquel Saigón cada vez más parecido a una antesala del infierno. Y fue el presidente Kennedy quien poco después impresionado cuando se enteró de que los generales sudvietnamitas habían dado muerte, mientras el embajador norteamericano en Saigón, Henry Cabot Lodge, el antiguo adversario, "efectuaba consultas" en Washington, a Ngo Dinh Diem y a su hermano Nhu, el temido jefe de policía, comentó: "Ni sus peores enemigos, los comunistas, los hubieran tratado así."

También fue el presidente Kennedy quien aumentó considerablemente las fuerzas armadas norteamericanas y elevó el presupuesto de Estados Unidos a casi 99.000 millones de dólares, cifra que parecería modesta comparada con los 229.000 millones de gastos propuestos por el presidente Nixon para el año fiscal 1971-1972. Como fue quien reclamó más ayuda económica y militar para el exterior, fundado en que los soldados de los países amigos eran "mucho más baratos" que los norteamericanos. Como fue quien implantó, al margen de la la ya existente Ayuda Interamericana para el Desarrollo, el programa de la Alianza para el Progreso, ese programa que, como una nueva versión de la política del "buen vecino" de Roosevelt, quiso reducir las crecientes tensiones en la América latina, fomentó grandes esperanzas en algunos círculos y sólo ha procurado, dando la razón a sus críticos, amargas decepciones. Como fue quien creó los Cuerpos de Paz, especie de beneficencia internacional en la que algunos, siempre recelosos, vieron un instrumento de penetración de la CIA. Como fue quien patrocinó con entusiasmo a las "fuerzas especiales" que habían comenzado a organizarse en Fort Braggs —para combatir la "subversión" y las guerrillas allí donde surgieran y con una instrucción que comprendía las más terribles artes de una guerra sin cuartel— y les procuró como distintivo esa "boina verde" que desde entonces ha adquirido tan horrenda fama.

Fue igualmente el presidente Kennedy quien, impresionado como el mundo entero por la presencia de Yuri Gagarin en el espacio exterior en abril de 1961, dispuso que no se regatearan esfuerzos ni caudales para que fueran los norteamericanos los primeros en poner el pie en la Luna, proeza que quedó cumplida, como es sabido, en forma espectacular, a un costo de muchos miles de millones de dólares, por Neil Amstrong y Michael Collins, tripulantes, con Edwin Aldrin, de la Apolo XI, en julio de 1969. Y fue igualmente el presidente Kennedy quien, ante la angustia que causaba al mundo la progresiva contaminación radioactiva del ambiente, llegó con Londres y Moscú al acuerdo que puso término a los ensayos nucleares, crecientemente megatónicos, en la atmósfera.

Al hacer el balance en política exterior de esta presidencia de los mil días, algunos verán en ella una vigorosa y abnegada defensa de la "democracia" y el "mundo libre" frente a la "amenaza comunista". Otros, en cambio, la calificarán de claro exponente de una política regresiva, reaccionaria, destinada a mantener a vastos sectores de la humanidad bajo el yugo del imperialismo político y económico, del colonialismo y del neocolonialismo. Como habrá otros más que, agobiados por las tensiones presentes, con esa tendencia a considerar que "cualquiera tiempo pasado fue mejor", añorarán, casi como una *belle époque*, "los tiempos de Kennedy, Kruschev y Juan XXIII". Actualmente, no hay figura política a la que no se someta a muy diferentes varas de medir. Metros largos y metros cortos, según sea el sistema de referencia. Es casi la relatividad einsteniana.

Problemas en casa

No fue, sin embargo, la política exterior de John F. Kennedy —la política exterior norteamericana es habitualmente "bipartidaria", en aras de los llamados "intereses de la nación"— la que creó al joven presidente norteamericano violentas hostilidades dentro de su país. Fue su política interior, caracterizada por matices "liberales" que crispaban a poderosos grupos "conservadores". Aunque es cierto que también a estos grupos molestaban las a su juicio excesivas tolerancias de la Casa Blanca con el comunismo. Les pareció escandaloso que, inmediatamente después de la gravísima "crisis del Caribe", en un discurso pronunciado en la American University, el presidente Kennedy dijera: "Juzgamos al comunismo profundamente repugnante en cuanto es negación de la libertad personal, de la dignidad humana. Pero seguimos manteniendo que puede felicitarse al pueblo ruso por sus muchas realizaciones..." ¿Qué significaba semejante halago al tunante de Kruschev?

Como todos los presidentes norteamericanos de un tiempo a esta parte, John F. Kennedy se vio en el orden económico entre dos fuegos, el de la depresión y el de la inflación. Comenzaban a manifestarse los dos déficits norteamericanos que se han hecho ya crónicos, el del presupuesto y el de la balanza de pagos, y en aquel tiempo se daba mucha más importancia que ahora a la consideración de que Estados Unidos es el titular de la moneda patrón. El joven presidente sabía poco de economía, pero se apoyaba en asesores tenidos por muy serios y enterados, especialmente en William McChesney Martin, el presidente del Sistema de la Reserva Federal, equivalencia de los bancos centrales emisores de otras partes. Con estos asesoramientos, luchó contra la depresión y la desocupación. Como luchó contra la corrupción muy difundida entre algunas poderosas organizaciones obreras. Como luchó contra la inflación, en relación con la cual libró con éxito la batalla sobre los precios del acero, imponiéndose a las grandes empresas siderúrgicas. Y originando, claro está, ciertas irritaciones.

Fue, de todos modos, su lucha por la "igualdad de derechos", amparado en repetidas decisiones del Tribunal Supremo y apoyado por su hermano Robert, el fiscal general, lo que conmocionó a un país habituado a tener a su minoría negra en un estado de total sometimiento, dijeran lo que dijeren las normas constitucionales. En los estados sureños, con su tradición esclavista, este problema era particularmente espinoso. En ellos, donde la "segregación" era rigurosa en muchos aspectos, hablar de la "igualdad de derechos" era como una afrenta para el blanco. En cuanto a las leyes y las decisiones judiciales, se recurría a un pragmático "se obedece, pero no se cumple".

Todo, sin embargo, estaba cambiando rápidamente. Los negros, que constituían ya más del diez por ciento de la población norteamericana y seguían siendo muy prolíficos, estaban hartos de ser buenos para las duras y malos para las maduras. No ocultaban su resentimiento y su impaciencia. Especialmente desde que durante la segunda guerra mundial y la guerra de Corea les habían sido exigidas tan considerables contribuciones de sangre. Muchos de ellos se desplazaban hacia el Norte e invadían sus grandes ciudades, incluida la misma Washington; en tales aglomeraciones urbanas, la barrera del color no era tan insalvable, había más posibilidades de trabajo y hasta era más fácil el acceso a las urnas. Suponían ya una fuerza electoral. Se organizaban y comenzaban a contar con briosos paladines, como Roy Wilkins, el presidente de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color, y Martin Luther King, apóstol de la "no violencia", premio Nobel de la paz y también eficaz propagandista que terminaría por ser asesinado. Y el "liberal" John F. Kennedy había hecho a los negros durante la campaña por la presidencia muchas promesas.

Apenas intentó hacer efectivas estas promesas, surgieron las resistencias. Virulentas, enconadísimas. Hubo incidentes sangrientos en Mississippi y Alabama, cuyos respectivos gobernadores, Ross Barnett y George Wallace —el futuro jefe del "tercer partido"—, hicieron cuanto pudieron para frustrar los esfuerzos de la Casa Blanca. Hubo mil disputas sobre las facultades estatales y federales, en relación con las decisiones del Tribunal Supremo sobre "segregación". Hubo intervenciones de la tropa federal y numerosos desórdenes. Con tiros y víctimas. Y hubo la marcha sobre Washington, en la que participaron junto a los negros muchos blancos "progresistas". Fue la marcha que culminó el 28 de agosto de 1963 en la mayor concentración, alrededor del monumento a Lincoln, que hubiera presenciado la capital de Estados Unidos. Se reunieron allí cientos de miles de personas.

Pero la cuestión de los "derechos civiles" avanzó muy poco. La "igualdad de derechos" continuó siendo una aspiración remota. Y, al mismo tiempo, los bien intencionados esfuerzos del joven presidente habían agravado mucho, al sacar a la superficie enconos latentes, el "problema racial" que siempre había existido en el país. Eran esfuerzos que merecían muy distintos calificativos. "¡Son intolerables!", gritaban los blancos intransigentes, especialmente en



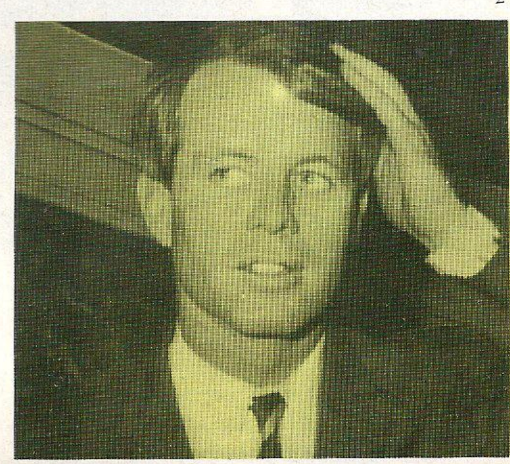
1

2

1. Robert Kennedy hacia 1930

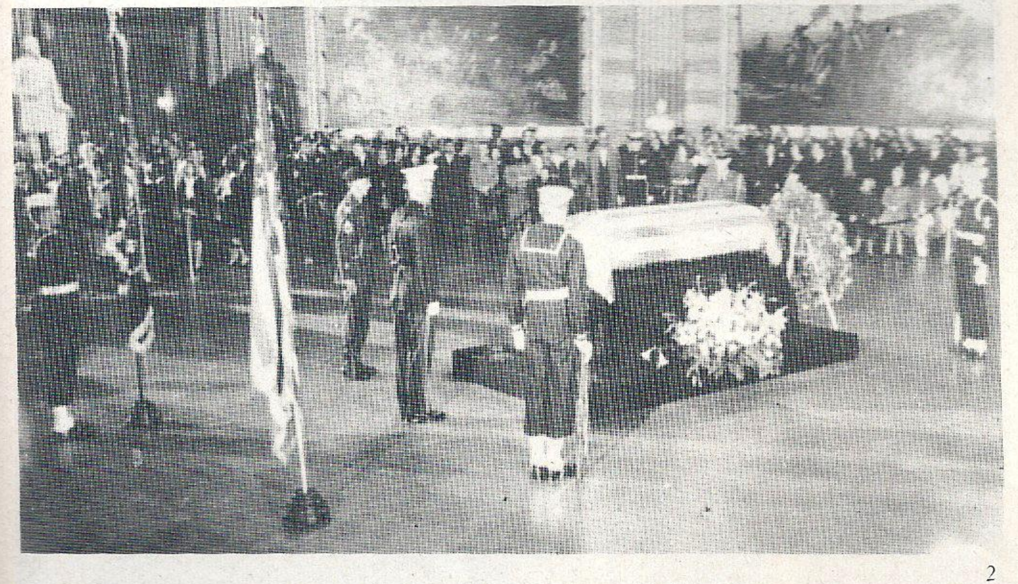
2. Robert Kennedy y su esposa Ethel patinando en Nueva York en enero de 1968

3. Robert Kennedy



3

1



2

1. *Edward, Caroline, Jacqueline, Robert y John (Jr.) Kennedy durante los funerales de John F. Kennedy.*

2. *Los restos de John Kennedy, durante los funerales, descansan en el Capitolio sobre el catafalco que se usara en las exequias del presidente Lincoln*

el Sur. "¡Son demasiado rápidos!", exclamaban muchos blancos moderados, incluidos algunos conspicuos correligionarios del presidente. "¡Son demasiado lentos!", protestaban los dirigentes negros, a los que hacían coro algunos blancos, a riesgo de ser tachados de comunistas. No se contentaba a nadie.

Entretanto, había que pensar en la reelección. En noviembre de 1964. ¿Cómo imaginarse que no se pasaría de noviembre de 1963? Lo que importaba tener presente era que en noviembre de 1960 se había triunfado por muy estrecho margen de votos. Y que los republicanos ya comenzaban a moverse, con un claro desplazamiento hacia posiciones "conservadoras", como si quisieran explotar la reacción de la gran mayoría blanca ante la cada vez mayor agresividad de la minoría negra.

A este respecto, Texas era un estado muy interesante. Muy vasto, con más de diez millones de habitantes. Con fama de muy derechista, era un estado de millonarios petroleros, de grandes fortunas acumuladas, muy activo, orgulloso de su progreso, de un individualismo extremo, con algo de región "fronteriza", con algo de la rudeza del Far West. Había allí, sin embargo, una importante organización demócrata, si bien los "conservadores" y los "liberales" del partido local estaban enzarzados en venenosas disputas desde hacía tiempo. Como había allí también muchos elementos "extremistas", a los que el "liberalismo" del joven presidente sacaba de quicio. El propio vicepresidente Johnson era un "rudo texano", aunque, con su campo de acción en Washington desde hacía años, se consideraba en relación con sus paisanos *au dessus de la mêlée*. Sea como fuere, convenía ir allí a poner un poco de paz y orden entre los correligionarios.

No faltaron quienes aconsejaron a John F. Kennedy que no hiciera aquel viaje de proselitismo político. "¡Cuidado! –le dijeron–. Hay allí muchos energúmenos, ahora muy exacerbados con las recientes actitudes de la Casa Blanca. Hay allí fuerzas tenebrosas, con mucho poder, muy hábiles en el arte de tirar la piedra y esconder la mano. Hay allí un ambiente muy tenso. Basta leer la prensa local para advertirlo. Y no debe olvidarse que, no hace mucho, fueron allí muy mal recibidos Stevenson y el propio Johnson." Pero el ex comandante de la "PT-109" no era un hombre miedoso. Tenía ya a su lado a su Jacqueline, recién regresada de una excursión por el Mediterráneo que la había consolado de un nuevo mal parto, tan bonita y elegante como siempre, gran captadora de voluntades, recaudadora de fondos y conquistadora de votos con su sola presencia. Iría decididamente a Texas.

Allí le esperaba la muerte. No podía imaginarse que su destino era el de figurar en la historia como el cuarto presidente norteamericano que moría asesinado.

La tragedia de Dallas

Es una tragedia que está todavía muy viva en el recuerdo de todos. Muchos de sus impresionantes detalles entraron en todos los hogares por las pantallas de la televisión. Las bien estudiadas y organizadas etapas del viaje eran San Antonio, Houston, Forth Worth, Dallas. Luego iría a Austin, el famoso "rancho" L. B. J. del vicepresidente. No se pasó de Dallas.

Fueron muchas las medidas de seguridad, pues buena parte de la prensa texana se mostraba furibunda con la visita, pero nada hizo presentir la tragedia hasta el momento en que se produjo. Cordiales recibimientos de fieles y curiosos. Apretones de manos. Sonrisas. Inauguraciones. Discursos de circunstancias. Finalmente, en el aeropuerto de Dallas, el de Love Field, se organiza una caravana de coches. En el primero, un Lincoln convertible, van el presidente Kennedy y la "primera dama", acompañados, en los asientos delanteros, por el gobernador demócrata John Connally y su esposa Nellie. En el segundo, poderoso vehículo blindado, van agentes del servicio secreto, armas en mano. En el tercero, el vicepresidente Johnson y su esposa Lady Bird están acompañados por el senador demócrata "liberal" Ralph Yarborough y otro agente. Siguen otros muchos. Más saludos. Se iba a un banquete, tras el que habría más discursos.

Se está en una curva del itinerario, cerca de la intersección de tres calles. Se deja atrás un sólido y feo edificio destinado a depósito de textos escolares.

"No podrá decir ahora que Dallas no le es propicia", comenta sonriente la señora Connally, volviéndose hacia el presidente Kennedy, quien asiente, también con expresión risueña. En esto, suenan unos tiros. Varios. Mortalmente certeros. El presidente, bañado en sangre, se desploma hacia su izquierda, sobre el hombro y luego sobre el regazo de su Jacqueline. "¡Oh, no! Oh, no!", es lo único que acierta a decir la angustiada mujer. También el gobernador Connally, alcanzado por las balas, queda muy mal herido. Pero salvó la vida y llegó a ser secretario de Hacienda en el gobierno de Nixon, el presidente republicano. Cosas así no son raras en la política de la Unión.

Pasados los primeros momentos de desconcierto, el Lincoln partió a toda velocidad hacia el Parkland Memorial Hospital. Los cirujanos y médicos entraron inmediatamente en acción, pero todo fue inútil. Las balas habían destrozado aquel cerebro. Pronto hubo que anunciar que el presidente Kennedy había muerto. Jacqueline, muda, reconcentrada, sin lágrimas ni crisis, junto al lecho de muerte primero y junto al féretro después, se convirtió en esa imagen del dolor que, como la de una nueva heroína de tragedia griega, haría llorar a las almas sensibles del mundo entero.

Hubo seguidamente prisas que algunos juzgaron indecentes. No era ningún secreto que el presidente Kennedy y el vicepresidente Johnson se habían "conllevado" mutuamente, en aras de la política, sin mucha cordialidad. Por otra parte, era inevitable que se tuviera presente que el atentado se había cometido en Texas, la tierra de Johnson. Y que, en la caravana de coches, el del presidente y el del vicepresidente habían sido mantenidos a prudente distancia el uno del otro por la interposición de otro policial. Así lo exigían, se dijo, las ordenanzas de seguridad. Pero, en estas circunstancias, aunque lo de "a rey muerto rey puesto" también rece para las repúblicas y aunque hubiera que llenar cuanto antes el vacío dejado por el asesinato ¿fue realmente necesario que el juramento del nuevo presidente de Estados Unidos se efectuara en el mismo aeropuerto de Love Field, a bordo del avión presidencial, con el féretro a dos pasos, en presencia de la dolorida Jacqueline, ante una jueza local llamada apresuradamente? ¿Se justificaba todo esto con el deseo expuesto por Johnson de prestar el juramento en su propia tierra, la tierra texana, la misma en la que el norteño John Fitzgerald Kennedy acababa de ser asesinado?

Lo cierto es que el avión presidencial, aquel mismo 22 de noviembre que conmocionó al mundo, voló a Washington con un presidente muerto y un presidente vivo. Allí esperaban al muerto imponentes funerales. Con asistencia de toda la familia Kennedy, rigurosamente enlutada. Con asistencia de jefes de estado y otros grandes dignatarios de los cinco continentes. Con tropas de todas las armas formando la carrera. Con un ceremonial impresionante que encogió el ánimo de cientos de millones de telespectadores. Hasta que, finalmente, el cementerio nacional de Arlington recibió aquellos tan llorados restos.

Pero ¿quién mató a John Fitzgerald Kennedy? La tragedia tuvo una continuación que pareció destinada a curar a la gente de todo espanto. Murió también trágicamente el principal acusado, Lee Harvey Oswald, un extraño personaje que, aunque se proclamó inocente, no tuvo tiempo de defenderse. Otro extraño personaje, con mucho de hampón, John Rubinstein (Jack Ruby), que moriría luego en la prisión, lo mató, a la vista del mundo entero, con un muy estudiado tiro a quemarropa, en el sótano del Ayuntamiento de Dallas, cuando la nueva víctima, esposada, sujeta por dos fornidos policías, era conducida a la cárcel. Y hubo luego una larga sucesión de extrañas muertes entre la gente que hubiera podido aportar interesantes datos a la investigación.

Hubo finalmente que atenerse, mientras se decía y escribía sobre el tema lo suficiente para formar una colección de mil novelas policiales, al voluminoso informe de la Comisión Warren, llamada así por presidirla Earl Warren, el justicia mayor del Tribunal Supremo. Fue una comisión que, con numeroso personal y abundantes medios trabajó muchísimo. Acumuló cientos y cientos de testimonios y pruebas, miles y miles de folios. Pero su dictamen final tuvo mucho de parto de los montes. Llegaba a tres conclusiones. Todo indicaba que era Oswald quien, desde el depósito de textos escolares, había efectuado los disparos asesinos. Todo indicaba que Oswald había actuado solo, llevado por un natural muy desequilibrado. No podía probarse que hubiera habido una conspiración. Fue un dictamen recibido con mucho escepticismo. Pero era la verdad oficial, la verdad del *Establishment*. Oponerse a él equivalía a darse de cabezadas contra la pared. Y, para quienes significaban ya mucho en la cosa pública, para quienes no necesitaran la notoriedad de un escandaloso enfrentamiento, podía suponer la muerte política. Los mismos Kennedy, pues, lo aceptaron, aunque lo hicieron con amargura, conteniéndose, imponiéndose dolorosos silencios. ¿No había acaso que recoger la bandera del muerto. ¿No había acaso que utilizar la enorme fuerza emocional que, íntimamente asociada al apellido, el asesinato había generado en todo el país?

Oigamos a Sorensen, tan identificado con el sacrificado presidente y toda la familia Kennedy: "Pido que se me excuse —nos dice— si no repito aquí todos los detalles de la tragedia. Cómo y por qué sucedió son cosas de poca trascendencia comparadas con lo que el crimen impidió. Ninguna discusión o investigación puede alterar el hecho de que Jack F. Kennedy fue asesinado. Su asesino también murió violentamente. El asesino de su asesino ha sido condenado, cuando esta obra se termina de escribir, a la última pena. Agunos culpan a las izquierdas, otros a las derechas. No faltan quienes acusan a Dallas o a las fuerzas de seguridad. Ha habido inclusive quienes culpan a todo el país. John Kennedy hubiera dicho, estoy seguro, que era ya demasiado tarde para acusar a nadie. Hubiera tenido compasión de su asesino, lástima de todos nosotros.

"No hubiera condenado a toda la ciudad de Dallas. Es evidente que la cordial acogida que tuvo en la aciaga jornada fue extraordinaria y, lo que es más, genuina. Y, sin embargo, nunca podremos estar seguros de si el odio y la mala voluntad que a menudo han envenenado la atmósfera de esa ciudad no habrían desenfocado la visión, de por sí deformada, que existía en uno de sus habitantes. ... Finalmente, debemos decir que Jack no hubiera dudado de las conclusiones de culpabilidad pronunciadas por la Comisión Warren. Desde luego, sus miembros y su personal merecen las mayores alabanzas por su escrupulosa investigación y el informe que la recopila.

"Sirvámonos, ahora, sin embargo, de frases del mismo informe. Nos dice que, 'a causa

de la dificultad de demostrar que los hechos negativos sean una certeza, no cabe establecer categóricamente la posibilidad de que hubiera otros cómplices en el asunto.' Con lo cual nunca podremos estar totalmente seguros de que otra mano no incitara, dirigiera u obligara a la del asesino del presidente."

¿Es ésta únicamente la posición de Sorensen? ¿No fue también la adoptada por la dolorida familia Kennedy? Muerto Joe en el Pacífico, muerto Jack en Dallas, quedaban los dos hermanos menores, Bob y Ted. Y el baldado "padre fundador", instalado en su sillón de Hyannis Port, se tragaba su pena y, como dando una orden, miraba hacia Washington. La misión de los Kennedy no había terminado. Había que lanzarse a la reconquista de la Casa Blanca.

Jacqueline

Aunque se apellide Bouvier, aunque ya no la llamen la "viuda del siglo" y sea oficialmente la señora de Onassis, Jacqueline pertenece al "clan" Kennedy por propio derecho. Porque fue hasta el último instante la compañera del presidente asesinado. Y porque es la madre de sus hijos, Caroline y John, esos hijos con los que John F. Kennedy se mostró tantas veces como padre ejemplar. Conviene, pues, que hablemos brevemente en este relato de esta mujer singular en más de un aspecto. Llegó a estar casi divinizada. Escandalizó después a muchos. Y más tarde, siempre inquieta, envuelta en los millones de su segundo marido, sigue atrayendo a reporteros y fotógrafos, aunque ya pertenezca más bien al frívolo mundo de los muchos medios y los pocos fines.

Nació y se crió en la holgura. Con su hermana menor Lee, que iba a casarse con el príncipe Stanislas Radziwill, uno de esos grandes terratenientes polacos que, forzado a expatriarse, conservó los bienes y las relaciones suficientes para mantener en suelo británico una alta posición social, eran hijas de John Vernon Bouvier, un agente de bolsa neoyoquino de ascendencia francesa. El padre se divorció y ya no se volvió a casar. La madre contrajo nuevo matrimonio con Hugh D. Auchincloss, otro hombre de negocios de Nueva York a quien Jacqueline se habituó a llamar "tío Hughie". Nunca faltó el dinero. Tampoco la educación en los mejores colegios. Tampoco los viajes y el trato social que tanto contribuyen al refinamiento. Los Bouvier miraban mucho hacia Francia y Jacqueline —Jackie— llegó a dominar perfectamente el francés. De figura espigada y mucha distinción, con un rostro agraciado de expresión aniñada, tuvo desde muy joven aficiones costosas, unidas a una elegancia natural y un consumado buen gusto en el vestir. Nunca descuidó los "aspectos estéticos". Pero se atuvo a la "obligación universal" de trabajar que tienen los norteamericanos. Se hizo periodista. Ganó un premio de la revista *Vogue* en un concurso sobre alta costura y personajes favoritos, entre los que citó, como sus preferidos, a Oscar Wilde y Charles Baudelaire. ¿Exquisitez? ¿Inclinaciones decadentes? Luego, ingresó en la redacción del *Times-Herald* de Washington, con un sueldo de 42,50 dólares semanales. Como enviada especial del diario, asistió en Londres, en mayo de 1953, a la coronación de Isabel II. ¿Se imaginó entonces que, antes de transcurridos diez años, la reina un tanto turbada ante tan suprema elegancia, la recibiría con los máximos honores, con los honores que eran naturalmente debidos a la "primera dama" de Estados Unidos?

Meses después, se celebró la boda de Jackie y Jack, de la hechicera periodista y del dinámico y ambicioso senador. Se habían conocido en casa de un amigo común, el periodista Charles Bartlett. Y comenzó para Jacqueline la agitada vida que ha de tener la esposa de un ambicioso político norteamericano que, como católico y muy rico, no quiere saber nada de controles de la natalidad. No era fácil tener hijos, ayudar a la conquista de votos y conservar la silueta, esa silueta que de tal modo se admiraba. Hubo un mal parto. Luego, un aborto. Finalmente, en 1957, nació Caroline. En 1960, ya a las puertas de la Casa Blanca, nació John-John, con operación cesárea. Hubo otra criatura más, Patrick, nacido en agosto de 1963. Vivió muy pocos días. Para consolarla de esta pérdida, el presidente envió a su Jackie a que efectuara una excursión por el Mediterráneo, en compañía de Lee y el príncipe Stanislas, a bordo del yate *Christine*, como invitados todos ellos del opulentísimo Aristóteles Onassis. Poco después de esta excursión, se emprendería el fatal viaje a Dallas. Jacqueline y Onassis . . . Casi la bella y el gorila. ¿Cómo imaginarse nada entre ellos?

Pero ¿estaba Jacqueline realmente enamorada de su marido? ¿No estaba más bien enamorada de sí misma, con una especie de narcisismo femenino que llegaba a tener manifestaciones enfermizas? Mary Borelli Gallagher, su secretaria privada durante muchos años, ha narrado, con cierto espíritu vengativo, muchas cosas sobre las intimidades de aquel matrimonio, especialmente durante su permanencia en la Casa Blanca. "No era Jackie —nos dice— la chiquilla indefensa que a veces pretendía parecer, haciéndose tan atractiva para la gente en general y para cuantos hombres asistían a una reunión en la que ella estuviera. Era una persona perfectamente organizada que siempre proyectaba cuidadosamente su vida y preveía lo que pudiera pasar." Y nos pinta a un pozo sin fondo en materia de gastos personales y a una bolsa muy apretada en relación con el prójimo.

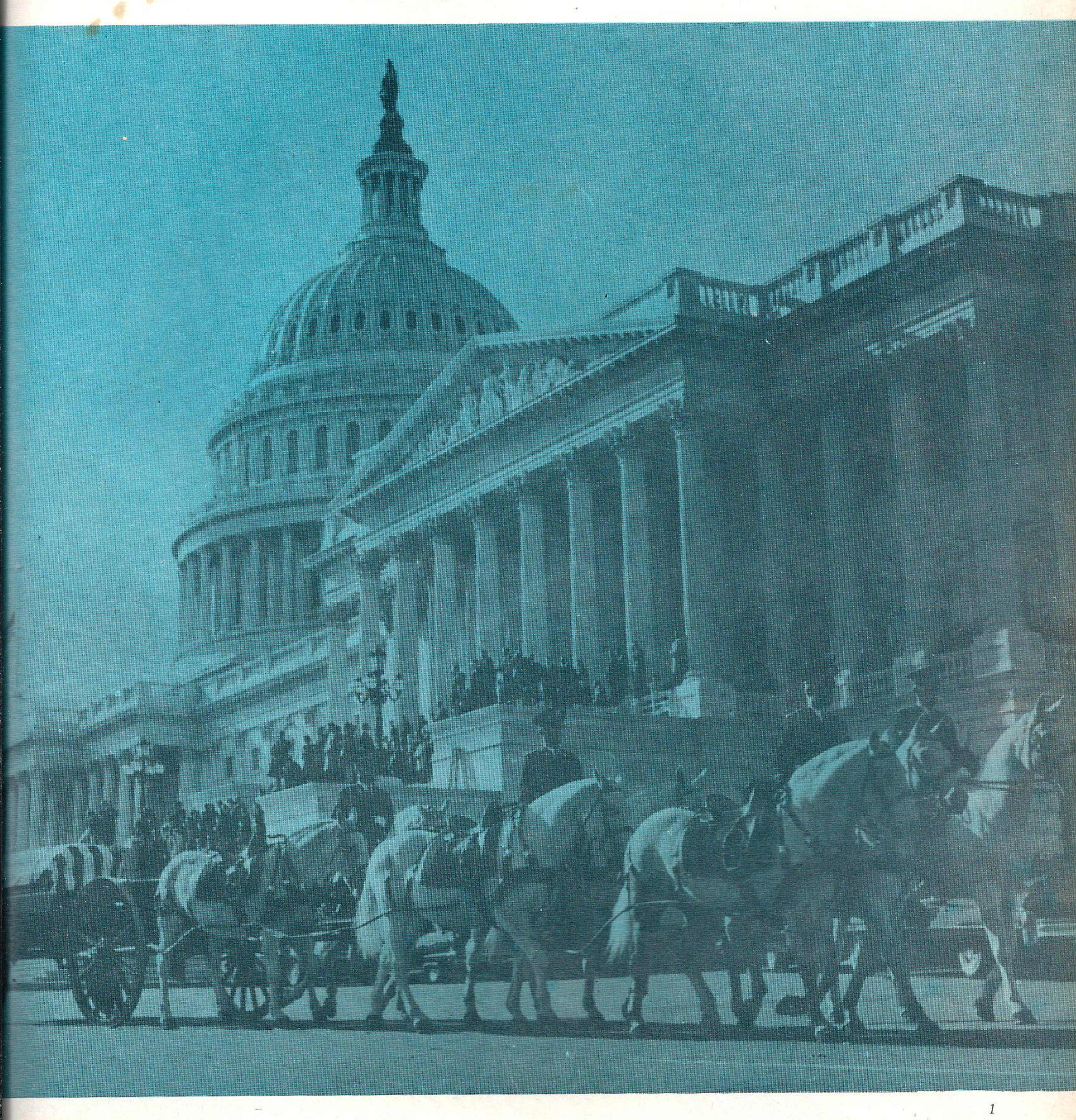
Casas, casas, casas. Incluida la Casa Blanca, a la que la "primera dama" impuso su reconocido buen gusto. Vestidos, vestidos, vestidos. Incluido un abrigo de leopardo que costó muchísimo y casi provocó la extinción de una especie animal, al establecer una moda. Joyas, joyas, joyas. Muebles, cuadros, antigüedades . . . Todo debía ser exquisito alrededor. Los gastos personales de Jackie ascendieron en 1962 a más de 120.000 dólares. Y junto a esto, mezquindades inverosímiles. En las fiestas, se rellenaban las copas que hubieran quedado a medio consumir, "siempre que no tuvieran manchas de lápiz labial". La excepción eran las fiestas destinadas a la recaudación de fondos, en las que "se bebía cuanto se quisiera".

El presidente se alarmaba ante tanto derroche. Tomó discretas medidas para reducirlo. Pero, en general, se mostró paciente. Sabía que su fascinadora Jackie era políticamente un activo. Con su sola presencia. ¡Aquel viaje de 1961! Ya "primera dama" deslumbró a París, a Londres, a Viena, a Roma, a Nueva Delhi . . .

Después de la tragedia, la enlutada Jacqueline, en la patética compañía de sus dos pequeñuelos, rodeada por los Kennedy sobrevivientes, se convirtió en algo muy próximo a lo divino, a lo intangible. Era ya la "viuda del siglo", objeto de mil reverentes atenciones. ¿Cómo distraerla de modo que no enloqueciera a vueltas con su pena? Cuando la dama estuvo pasando unos días de reposo en la estancia cordobesa de cierto magnate argentino, bajo la protección de "cien guardas con sus cien alabardas", un periodista carente de sentido reverencial publicó en un diario de Buenos Aires ya desaparecido un comentario sobre la guerra de Vietnam, ilustrado por la foto de una madre vietnamita que, sorprendida entre dos fuegos, protegía desesperadamente con su cuerpo a sus dos hijos, una niña y un chiquitín. Y el comentarista se atrevió a hacer ciertas comparaciones. "Tú no eres Jacqueline, no", decía. Hubo algunas protestas. ¿Cómo era posible comparar a una "intangible" con una "intocable"? El mundo es así.

Jacqueline, desde luego, no enloquecía. Como "persona perfectamente organizada", trataba de olvidar el espantoso drama de Dallas. A fines de enero de 1964, cuando sólo habían transcurrido unos meses desde la tragedia, fue vista en un elegante restaurante de Georgetown en compañía de su hermana Lee, el actor de cine Marlon Brando y el productor cinematográfico George H. Englund. El hecho trascendió y fue comentado en diversos tonos. ¿Cómo? ¿Jacqueline no estaba totalmente dedicada al culto del muerto, a organizar aquella Biblioteca Kennedy que iba a perpetuar la memoria del presidente mártir? Se hallaron explicaciones para la ocurrencia. ¿Cómo Jacqueline podía prescindir totalmente del "trato social"?

Hasta que, en el otoño de 1968, al poco



1

1. *Los funerales de John Kennedy*



1

1. *Edward Kennedy*

tiempo de ocurrida la "tragedia de Los Ángeles", con la muerte de Robert Kennedy, llegó la noticia inverosímil. La casi divinizada Jackie se casaba con el divorciado Onassis, el sesentón de zafio aspecto que había ascendido de "bolichero" en Buenos Aires a poseedor, por la vía de negocios navieros y petroleros y de las dos guerras mundiales, de una de las mayores fortunas del mundo, muy superior a la de los Kennedy. Se casaba en la isla de Skorpios, propiedad privada del potentado de vida turbulenta en más de un sentido. Se casaba por el rito ortodoxo griego, en aparente abandono de la religión católica. ¿No significaba esto una descalificación total? No, en modo alguno. En el "mundo libre", el dinero todo lo dora. A la boda fueron, amparando a su madre, Caroline y John-John. A la boda fue una representación femenina de la familia Kennedy. El propio cardenal Cushing pidió comprensión y caridad para una mujer que había sufrido tanto. Y desde luego, los millones de Onassis significan mucho, no únicamente en la Grecia de los coroneles. Obligan a muchas contemplaciones.

En febrero de 1971 Jacqueline estuvo de nuevo en la Casa Blanca, con Caroline, ya una adolescente, y John, ya un "chico grande". Fue por invitación de los esposos Nixon, los adversarios de 1960, quienes deseaban que madre e hijos fueran los primeros en contemplar los retratos de ella misma y del presidente asesinado que había pintado, para al residencia oficial de los primeros magistrados de la Unión, el artista Aaron Shikler. Luego, las dos familias comieron juntas.

El muy logrado retrato de la "etérea" Jacqueline será sin duda un adorno en la Casa Blanca. ¿Nada más? Desde 1975, Jacqueline es también viuda de Onassis, a cuyos últimos momentos en París no asistió. Participó, en cambio, acompañada por sus hijos y su cuñado Ted, en unos severos funerales al modo griego que dejaron traslucir muchas tensiones familiares. Se cubrieron bien las formas. ¿Se distribuyeron bien los millones? Siempre "distinguida", Jacqueline ocultó sabiamente cualquier decepción. Cabe muy bien que vuelva a ser "noticia".

La nueva tragedia

"Bob se parece más a Joe que a Jack —se decía en Hyannis Port—. Es tal vez menos leído, pero, desde luego, es más echado para adelante, más hombre de acción. Aunque no tuviera tiempo de actuar en la guerra." Desde luego, Robert era muy decidido, muy dueño de sí mismo. Había aprendido mucho colaborando con John en las campañas electorales y las tareas del gobierno. Conocía todas las artes de la política dentro del *Establishment*, hasta las de la demagogia. Nadie le ganaba a conquistar simpatías. Sabía como ninguno repartir sonrisas y apretones de manos, interesarse por la gente y

hacer promesas. Inclusive, tenía un modo especial de subirse ágilmente al techo de su coche —un techo sólido, seguro— para atender mejor a las muchas manos que hacia él se tendían.

Desde la trágica muerte de su hermano, se fijó como objetivo, alentado por el inválido de Hyannis Port, la reconquista de la Casa Blanca. Para esto, dadas las circunstancias, debía ser un político "liberal". Tenía asegurada la banca de senador por el fiel Massachusetts. Tenía igualmente a su consorte Ethel, quien, aunque cargada de hijos, era una gran ayuda en las campañas proselitistas. No ocultaba Robert la poca simpatía que le inspiraba el sucesor de su hermano, el presidente Johnson, confirmado por amplio margen, en las elecciones de 1964, frente al republicano "ultraconservador" Barry Goldwater. Y Johnson se estaba debatiendo con muchas dificultades. Había dicho que Estados Unidos era tan poderoso que podía, al mismo tiempo, librar la guerra de Vietnam y crear la "Gran Sociedad", con eliminación total de la pobreza, en el interior. Pero los hechos le estaban dando un mentís.

Había convertido la "guerra especial" que se libraba en Vietnam, con la participación únicamente de unos pocos miles de "asesores" norteamericanos, en una peligrosa "guerra limitada", en una guerra muy de verdad, con el envío de divisiones enteras a Vietnam del Sur y feroces bombardeos contra Vietnam del Norte. Había sido necesario recurrir a la conscripción, al servicio militar obligatorio. Con normas que distaban de ser equitativas. La juventud norteamericana estaba exasperada. Como lo estaban las minorías sumergidas, especialmente los negros, siempre buenos como carne de cañón. Había mucha inflación. Las encuestas revelaban que Johnson era impopular en extremo. De hecho, el presidente, que advertía su impopularidad, estaba ya decidido a anunciar que no se presentaría a la reelección. Ante la proximidad de las elecciones de 1968, apoyaría a su fiel lugarteniente, el vicepresidente H. H. Humphrey, hombre menos gastado, para la candidatura demócrata.

Robert F. Kennedy, con la organización que había heredado de su hermano a punto, se mantenía al acecho. ¿Disputaría a Humphrey la candidatura? ¿No era todavía prematuro aspirar a la Casa Blanca? Una derrota en la convención demócrata podía suponer un quebranto político irreparable y Johnson parecía tener bien en sus manos el aparato del partido. ¿No convendría esperar a las elecciones de 1972? Entretanto, se fortalecería la propia personalidad. Como político "liberal" se invitaría a ir "hacia un mundo más nuevo".

Había, sin embargo, alguien que no esperaba. Era el senador Eugene McCarthy, muy distinto de aquel energúmeno anticomunista que terminó censurado por el propio Se-



1

1. Edward Kennedy y su esposa Joan poco después del "asunto Mary-Jo Kopechne"

nado. Este McCarthy de ahora era un hombre pragmático, también católico, pero tan "liberal" que a veces se aproximaba mucho a los "radicales". Docente universitario, tenía mucho de soñador. Hasta era poeta, algo inverosímil en un político norteamericano. Era un duro crítico de la guerra de Vietnam y, sin pensarlo mucho, se lanzó a la pelea. Y ocurrió lo que ninguna encuesta había previsto. Apoyado por miles de jóvenes voluntarios, Eugene McCarthy, con escasos fondos y apenas una incipiente organización, triunfó en forma arrolladora en las "primarias" de varios estados. Se revelaba como una gran fuerza política.

Pero, si McCarthy se adueñaba del sector liberal del partido ¿qué quedaba para los Kennedy? Robert se decidió a su vez. Enfrentaría a Humphrey y a McCarthy en las "primarias" todavía pendientes, especialmente en las de California, uno de los principales estados de la Unión. Y a California fue Robert con toda su gente, toda su organización y todos sus fondos. Comenzó una durísima campaña.

Había que hacer, como de costumbre, muchos equilibrios. Había que contentar a muy diversos sectores y grupos, cuyos intereses eran a veces antagónicos. Había, sin embargo, uno, muy importante, respecto al que no cabían vacilaciones. Especialmente, desde la "guerra de los Seis Días" en el Medio Oriente. Era el de los "judíos", infinitamente más poderoso en Estados Unidos que el de los "árabes". Muchos de los norteamericanos de oriundez hebrea, particularmente entre los adinerados, habían sido ganados por el sionismo. Por otro lado, ¿acaso los intereses de Israel no estaban coincidiendo con los de Estados Unidos? En sus intervenciones en la campaña, Robert se pronunció decididamente por Israel. ¿No se conquistaban así votos sin riesgo alguno? ¿Qué significaban los votos "árabes" en California? Se olvidó tal vez de que no hay enemigo pequeño.

Se efectuaron los comicios y, aunque por no muy holgado margen, Robert F. Kennedy se impuso a McCarthy y Humphrey. Fue una gran victoria, un triunfo que significaba el principio del fin para las aspiraciones de McCarthy. Era el 5 de junio de 1968. Los "kennedystas" se reunieron con su jefe en el Ambassador Hotel de Los Ángeles para celebrar el éxito. Mucho alborozo. Muchos cantos y risas. Finalmente, Robert decidió retirarse a descansar. Abandonó el salón de la fiesta y quedó a la espera del ascensor que debía conducirlo al piso donde se alojaba. En esto, se produjo algo todavía más inopinado que lo de Dallas. Un hombre menudo y moreno se subió a una mesa con un revólver en la mano y descargó todos los tiros del arma sobre Robert, quien cayó como fulminado. Un Kennedy más había muerto trágicamente.

El asesino, duramente zarandeado, se entregó sin resistencia. Era el hijo de un inmigrante palestino. Era un norteamericano de oriundez árabe. Se llamaba Sirah al-Shirah.

Muerto Bob Kennedy, detenida la marcha triunfal de McCarthy, Humphrey triunfó fácilmente en la convención nacional del partido demócrata en Chicago. El aparato del partido funcionó bien. Pero no sin que la frustrada juventud se manifestara tumultuosamente en las calles. Hubo una represión policial inmisericorde. Con sangre. El partido demócrata no salió fortalecido de aquellos sucesos. Y, llegadas las elecciones presidenciales de noviembre, Humphrey fue derrotado por el candidato republicano Richard Nixon. Aunque con antecedentes de intransigente "halcón", Nixon había prometido poner término a la guerra de Vietnam.

Drama en Chappaquiddick

"El día de Acción de Gracias —nos dice la señora Gallagher— había sido siempre la fecha del año en que se celebraba la "reunión del clan" en Hyannis Port. Era la ocasión en que toda la familia se reunía de una vez. Se alojaban todos en la mansión familiar, que constaba de tres casas: la del presidente, la del ex embajador y la de Robert. Con la presencia de los hijos de las diversas familias —los Shriver, los Smith, los Lawford— y los hermanos Kennedy, John, Robert y Edward, cada uno con todos los suyos, aquello era un tumulto impresionante."

Eran aquéllos, desde luego, tiempos más felices, tiempos en que parecía que nada estaba fuera del alcance de los Kennedy. Pero, desaparecidos Jack y Bob, sólo quedaba Ted, el benjamín, para cumplir la ambiciosa misión que el "padre fundador" había asignado a su progenie. ¿No eran demasiadas las responsabilidades que se echaban sobre los hombros del joven Ted? ¿Estaba bastante maduro para asumirlas? El viejo Joe, hundido en su sillón, se acercaba a su fin. La madre, Rose, eso sí, se mantenía firme, levantado el ánimo, en abierto desafío a los crueles embates del destino, con tenacidad típica irlandesa. Había que mantener en alto la bandera de los Kennedy. Eran una fuerza nacional, con sus muertos y sus vivos. Ted recogía la bandera de los caídos. El "clan" subsistía. Ya estaba surgiendo una nueva y muy nutrida generación. Y allí estaba, como apoyo permanente, una sólida fortuna, cuidadosamente invertida por el "padre fundador".

Era cierto que Ted había cometido algunas "chiquilladas", que estaba un poco "traumatizado", como si se juzgara señalado por un sino cruel, como si temiera correr la suerte de sus hermanos. Había sobrevivido a un serio accidente de aviación. Bebía a veces más de la cuenta. Mostraba a veces inclinaciones de *playboy*, como si quisiera aturdirse, olvidar. Pero era ya un hombre casado. Joan, su esposa abnegada y fiel, le había dado varios hijos, además de una buena dote. Y Massachusetts, más "kennedysta" que nunca después de las tragedias, ya lo había enviado al Senado. No se consideraba todavía maduro para aspirar a la presidencia del país. Pero ¿no era la Casa Blanca un legado que el país le haría efectivo en un próximo futuro?

En su primer discurso después de la muerte de su hermano Robert en Los Ángeles, Edward Moore Kennedy había proclamado orgullosamente: "Como mis tres hermanos antes, recojo la bandera caída. Sostenido por el recuerdo de aquellos preciosos años en que estuvimos juntos, intetaré llevar adelante ese compromiso especial con la justicia, la perfección y el coraje que fue el distintivo de sus vidas". ¿Cómo, en estas condiciones, pudo ocurrir lo que ocurrió en Chappaquiddick a fines de julio de 1969? Ted había participado en unas regatas en Edgartown, en la isla de Martha's Vineyard, no lejos de Hyannis Port. Luego, con cinco amigos, algunos de ellos también casados, había ido a una alegre reunión en una casita alquilada en la inmediata isla de Chappaquiddick, separada de Edgartown por un estrecho canal. No intervenía en la fiesta ninguna de las esposas. Intervenían en cambio seis jóvenes secretarias. Todo, se dijo, era muy inocente. Era una especie de homenaje a unas muchachas que habían trabajado con mucho empeño en la campaña del desdichado Bob.

Aproximadamente a medianoche, Ted abandonó la fiesta al volante de su coche en compañía de una de las jóvenes, la agraciada Mary Jo Kopechne. Todo seguía siendo, se dijo, muy inocente. Había que dejar a la chica en su hotel. Pero Ted se equivocó de camino, se metió por uno de tierra que llevaba a un viejo puente de madera y terminó por precipitarse con el coche, en plena oscuridad, al agua. Salvó la vida, pero, a pesar de sus desesperados intentos, no pudo rescatar a la joven. Luego, tuvo un comportamiento extrañísimo, como si hubiera querido crearse una coartada, según lo interpretaron muchos. Ni pidió socorro a los vecinos del lugar ni denunció inmediatamente el hecho a la policía. Era, sin embargo, un Kennedy y también un senador y todos, policías, jueces y público, se mostraron muy considerados con él. Algunos dijeron: "¡Pobre Mary Jo!" Pero otros muchos dijeron: "¡Pobre muchacho! ¡Qué mala suerte!" El mundo es ansí.

En todo caso, la prueba fue durísima y el escándalo mayúsculo. Ted, abrumado, con el cuello enyesado, y Joan, serena y digna, asistieron a los funerales de la joven. El senador se declaró "culpable" de haber abandonado el lugar del accidente, fue condenado a una leve pena condicional por esta falta y, finalmente, al cabo de mil sinsabores, siempre con el apoyo de la abnegada Joan, que nunca se consideró una esposa ofendida, consiguió que se echara tierra al asunto. Cuando, compungido y contrito,

1. Patricia Kennedy y su esposo el actor Peter Lawford

2. La casa de los Kennedy en Hyannis Port.



1

2

preguntó por televisión a sus conciudadanos de Massachusetts si debía renunciar a representarlos en el Senado, una enorme mayoría de las cartas le ratificó la confianza de sus electores. Fue una especie de plebiscito. Se compadecía el "destino trágico" de los Kennedy, nuevos atridas. Así es de grande el prestigio de la familia.

Quedaron, sin embargo, mil preguntas en el aire. ¿Por qué Ted y Mary Jo habían abandonado la alegre reunión? ¿Estaba Ted con algunas copas de más? ¿Por qué escapó del lugar del accidente? ¿No estaría entonces Mary Jo todavía con vida? ¿Cómo apareció Ted aquella misma noche en su hotel de Edgartown? ¿No era absurdo que lo hiciera cruzando el canal a nado, como dijo que lo hizo? ¿Por qué los amigos, si Ted había perdido totalmente la cabeza, no acudieron enseguida a la policía? ¿No estuvieron las autoridades demasiado blandas? ¿Podía aspirar quien se había comportado de modo tan irresponsable a la presidencia de Estados Unidos? ¿Era todo aquello un simple "pecadillo", como comentaron algunos senadores comprensivos, en la imposibilidad probablemente de arrojar la primera piedra? *Honni soit qui mal y pense*, desde luego. Pero había allí muchas más razones que una *jarretière* perdida por una dama en un baile para que se pensara mal.

En todo caso, se confió en el tiempo y en la enorme capacidad de olvido que tiene la gente. Con mucha razón, sin duda. Porque estuvo de nuevo el senador Edward Moore Kennedy llevando adelante "ese compromiso especial con la justicia, la perfección y el coraje que fue el distintivo" de las vidas de sus hermanos. Y ya haciendo pinitos "liberales". Criticó severamente a Nixon, aunque tuvo la elegancia de no hacer leña del árbol caído. Supo asumir responsabilidades, como madurado por Chappaquiddick. Sabe soportar estoicamente cualquier desdicha familiar. Viaja. Se informa. Insistió en que no sería candidato demócrata en las elecciones presidenciales futuras, pero las encuestas lo mostraron como el más serio adversario para el presidente republicano Gerald Ford, sucesor en la Casa Blanca, después del escándalo de Watergate, del defenestrado Nixon.

¿Llegará Ted Kennedy a la Casa Blanca, a pesar de las sombras que arrojó sobre él el drama de Chappaquiddick? Sería muy aventurado contestar a esta pregunta. Pero en Hyannis Port todavía hay esperanzas. Los Kennedy, productos y víctimas del sistema, siguen siendo una fuera poderosa dentro del *Establishment*

Futuro incierto

Sin embargo, en el mejor de los casos, no será tarea fácil. Los problemas de Estados Unidos, tanto externos como internos, se agravan año tras año, como lo irá advirtiendo el presidente Nixon a su propia costa. La defensa de las casas de los amigos y de los intereses norteamericanos en ellas resulta cada vez más costosa, crea cada vez más enemigos y obliga a que se descuiden las muchas refacciones que la propia casa reclama. Estados Unidos sigue siendo una superpotencia, pero hay señales de que, con la aparición de otros gigantes —incluida la Europa occidental—, está perdiendo terreno en poder relativo. Aunque sus hombres estén explorando la Luna, en competencia con ese insolente Lunokhod, el robot soviético. Es ya durísimo el enfrentamiento con el vasto, populoso, vario y cada vez más pujante mundo socialista, campeón de una noción de la libertad muy distinta de la propia. Surgen por doquiera rebeldías, luchas de "liberación". Hasta las propias instituciones norteamercianas, antes indiscutidas, están siendo puestas dentro de casa en tela de juicio.

En estas circunstancias, ¿había posibilidades de que Ted Kennedy llevara adelante el "compromiso especial" que ha asumido? ¿Puede ponerse el poder ejecutivo norteamericano, por muy grande que, según el propio sentir, sea el legado que se ha recibido, en las manos de quien, para decir lo menos, dio muestras de tanto atolondramiento en momentos difíciles?

En el propio sector "liberal" del partido demócrata, ya surgieron figuras —Muskie, McGovern, Carter— que parecen más asentadas y responsables que el benjamín y único sobreviviente de los hermanos Kennedy, a quien puede ser que le recuerden más de una vez, en las crueles pugnas políticas, el desdichado fin de Mary Jo Kopechne. ¿Habrá terminado el ciclo Kennedy en la historia de Estados Unidos? ¿Estará la familia Kennedy, con sus múltiples ramas, destinada, después de haber estado tan en escena, a sumergirse en la sombra, a ser únicamente gente más o menos rica emparentada con un presidente de Estados Unidos que fue vilmente asesinado?

Hyannis Port rechaza esta lúgubre posibilidad. Busca nuevas fuerzas en los propios dramas familiares, en el "sino trágico" de los Kennedy, un sino propio de seres de excepción. ¿Qué dice a este respecto la tragedia griega, en la que todo ocurre entre los "muy grandes"? ¡Parece a veces tan actual, con sólo cambiar a los dioses paganos por el Dios de los buenos católicos! Por desdicha, hay en ella de todo. ¡Ese impío Eurípides! Dice a veces cosas terribles. Como las palabras que hace pronunciar al coro en *Medea*: "Júpiter, desde el Olimpo, gobierna al mundo y los dioses hacen muchas veces lo que no se espera. Lo que se aguarda no sucede y el cielo da a los negocios humanos deselances no pensados".

Bibliografía

Brissaud, André. *Les américans de Kennedy*. París, Table Ronde, 1962. Faulkner, Harold V. *Historia económica de los Estados Unidos*. Buenos Aires, Nova, 1954. Gallego, Gregorio. *John F. Kennedy*. Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando 1977. Kennedy, John Fitzgerald. *Política económica de Norteamérica*. Madrid, B.O. Ediciones, 1961. Kaspi, André. *Kennedy*. París, Masson, 1978. King, Martin Luther. *¿Por qué no podemos esperar?* Buenos Aires, Círculo de Lectores, 1972. Manchester, William. *Muerte de un presidente*. 2a. ed. Barcelona, Noguer, 1967. Moss, Armand. *La fausse enigme de Dallas*. Lee H. Oswald, l,assassin du président Kennedy. París, Table Ronde, 1980. Revel, Jean-François. *Cómo terminan las democracias*. Buenos Aires, Sudamericana Planeta, 1984. Schlesinger, Arthur M. (Jr.) *Los mil días de Kennedy*. 2a. ed. Barcelona, Ayma, 1966. Semidei, Manuela. *Kennedy et la révolution cubaine*. París, Gallimard, 1972. Singer, Kurt, y Jane Sherrod. *El presidente Johnson*. Barcelona, Ayma, 1965. Sorensen, Theodore. *Kennedy*. 3a. ed. Barcelona, Grijalbo, 1972, 2 vols. White, Williams S. *Los responsables*. Truman, Taft, Eisenhower, Kennedy, Johnson. Buenos Aires, Ediciones Economía y Empresa, 1974.

Algunas Bibliotecas del Centro Editor de América Latina

Biblioteca Argentina Fundamental

Los autores más importantes de la literatura argentina, desde sus orígenes hasta nuestros días, a través de las obras y antologías más representativas: Echeverría, Mármol, Sarmiento, Mansilla, Hernández, F. Sánchez, Almafuerte, J. V. González, R. Rojas, Lugones, Quiroga, Güiraldes, Payró, Fernández Moreno, A. Storni, Borges, Discépolo, Eichelbaum, Mallea, Cortázar, Sábato, S. Ocampo, Bioy Casares, R. González Tuñón, Mujica Lainez, H. Conti, B. Kordon, etc. 148 volúmenes.

Pintores Argentinos del Siglo XX

Cuatro grandes volúmenes que incluyen sesenta y cuatro monografías, realizadas por destacados especialistas, sobre la vida y la obra de los pintores argentinos más importantes en lo que va del siglo. 512 láminas con magníficas reproducciones a todo color. Muchísimos dibujos, grabados, fotografías y reproducciones en blanco y negro.
Un tomo de Escultores Argentinos del Siglo XX, uno de Grabadores Argentinos del Siglo XX, uno de Fotógrafos Argentinos del Siglo XX y un cuarto tomo de Dibujantes Argentinos del Siglo XX complementan la notable colección de Pintores Argentinos del Siglo XX.

Biblioteca Básica Universal

Las grandes obras y los grandes autores de todas las épocas y todos los países: Sófocles, Dante, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Shakespeare, Ben Jonson, Rabelais, Goethe, Hugo, Balzac, Stendhal, Flaubert, Dickens, Dostoievski, Tolstoi, Poe, Zola, Maupassant, Baudelaire, Rimbaud, Whitman, Darío, Hardy, Kafka, O'Neill, etc. Más de 300 volúmenes.

Historia de la Literatura Argentina

Los más destacados críticos han participado en la redacción de esta obra que estudia, en forma amplia y amena, las corrientes, los géneros, los movimientos, los autores y las principales obras de la literatura argentina desde sus orígenes hasta nuestros días. Seis grandes tomos profusamente ilustrados.

Fauna Argentina

La primera colección dedicada a las especies zoológicas de todo nuestro país, en particular a los distintos órdenes de vertebrados, especialmente mamíferos, aves, reptiles y anfibios. Su característica más saliente está en combinar el rigor científico y la amplitud de la información con textos amenos y accesibles y notables fotografías a todo color. Las fichas de familia, de orden, ecológicas y antropológicas complementan esta obra extraordinaria.

El País de los Argentinos

Una extraordinaria geografía regional de nuestro país en seis grandes tomos con muchísimas fotografías y mapas a todo color. Se trata de una obra muy rigurosa en su concepción y en su información, pero de lectura amena y accesible.

Historia Integral Argentina

Esta obra encara cada etapa de nuestro pasado como un proceso que tiene un origen y una evolución y en cuyo desarrollo interactúan dinámicamente los diversos factores económicos, sociales, políticos, institucionales y personales. La Historia Integral Argentina presenta las diversas corrientes que interpretan y explican nuestro pasado para que el lector las conozca y tenga más elementos para tomar posiciones. Seis tomos profusamente ilustrados.

Atlas Total de la República Argentina

Este atlas, el más completo y moderno que se haya publicado hasta el día de hoy, cubre los diversos aspectos de nuestro país: Atlas Físico de la República Argentina (2 vol.), Atlas Político de la República Argentina, Atlas Demográfico, Atlas Económico (2 vol.), Atlas de la Actividad Económica (4 vol.) y Atlas Satelitario (2 vol.).

Ahora
todas las semanas aparecen
dos preciosos cuentos para los chicos:
un cuento del Chiribitil
para los más chiquitos;
un cuento de Polidoro
para los más grandecitos.
Son preciosos
por sus dibujos, sus colores,
sus historias lindísimas.

